

La Esfera

Año IX • Núm. 468

Precio: Una peseta



LA ADORACIÓN DE LOS REYES, cuadro de Pablo Veronés, que se conserva en el Museo del Prado



ATRAE, ENCANTA, FASCINA
la mujer que usa el perfume
de moda

Secret d'Or Francy

Perfumeria - Francy

PARIS
MADRID



Itinerario general del 1.^{er} semestre de 1923

(Salvo variación)

Línea GÉNOVA-BARCELONA-BRASIL-PLATA y viceversa

VAPORES	Salida de Génova	ESCALAS DE IDA					Buenos Aires		ESCALAS DE VUELTA				Llegada a Génova	
		Barcelona	Dakar	Río Janeiro	Santos	Montevideo	Llegada	Salida	Montevideo	Santos	Río Janeiro	Dakar		Barcelona
RE VITTORIO	11 Ene.	12 Ene.	18 Ene.	26 Ene.	27 Ene.	30 Ene.	31 Ene.	8 Feb.	9 Feb.	12 Feb.	13 Feb.	21 Feb.	27 Feb.	28 Feb.
INDIANA	1 Feb.	Eventual 2 Feb.	9 Feb.	18 Feb.	19 Feb.	22 Feb.	23 Feb.	3 Mar.	4 Mar.	7 Mar.	8 Mar.	17 Mar.	Mesina 25 Mar.	28 Mar.
PSSA. MAFALDA . .	8 Feb.	9 Feb.	15 Feb.	22 Feb.	23 Feb.	26 Feb.	27 Feb.	8 Mar.	8 Mar.	11 Mar.	12 Mar.	19 Mar.	25 Mar.	26 Mar.
RE VITTORIO	8 Mar.	9 Mar.	15 Mar.	23 Mar.	24 Mar.	27 Mar.	28 Mar.	5 Abr.	6 Abr.	9 Abr.	10 Abr.	18 Abr.	24 Abr.	25 Abr.
GIULIO CESARE	15 Mar.	16 Mar.	—	27 Mar.	—	29 Mar.	30 Mar.	7 Abr.	7 Abr.	—	10 Abr.	—	21 Abr.	22 Abr.
PSSA. MAFALDA . .	5 Abr.	6 Abr.	12 Abr.	19 Abr.	20 Abr.	23 Abr.	24 Abr.	3 May.	3 May.	6 May.	7 May.	14 May.	20 May.	21 May.
GIULIO CESARE	2 May.	3 May.	—	14 May.	—	16 May.	17 May.	24 May.	24 May.	—	27 May.	—	7 Jun.	8 Jun.
RE VITTORIO	5 May.	6 May.	12 May.	20 May.	21 May.	24 May.	25 May.	31 May.	1 Jun.	4 Jun.	5 Jun.	13 Jun.	19 Jun.	20 Jun.
PSSA. MAFALDA . .	31 May.	1 Jun.	7 Jun.	14 Jun.	15 Jun.	18 Jun.	19 Jun.	28 Jun.	28 Jun.	1 Jul.	2 Jul.	9 Jul.	15 Jul.	16 Jul.
RE VITTORIO	28 Jun.	29 Jun.	5 Jul.	13 Jul.	14 Jul.	17 Jul.	18 Jul.	26 Jul.	27 Jul.	30 Jul.	31 Jul.	8 Ago.	14 Ago.	15 Ago.

Ferrocarriles Italianos del Estado

DEPARTAMENTO OFICIAL ITALIANO
PARA EL TURISMO



Billetes de ferrocarril de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase á precios de taquilla. — Informes y presupuestos gratuitos sobre viajes á Italia. — Guías de ferrocarril. — Librería del turista. Gran surtido de fotografías de monumentos y de ciudades italianas

BARCELONA: Rambla Santa Mónica, 1 y 3
Teléfono 4.521 A.

MADRID: Alcalá, 47
Teléfono 4.694

PARA TODA CLASE DE INFORMES Y DEMANDA DE PLAZAS, DIRIGIRSE Á

ITALIA-AMERICA

(Sociedad de Empresas Maritimas)

Barcelona: Rambla Santa Mónica, 1 y 3 — Teléfono 3.291 A. — Dirección telefónica y telegráfica: ITARICA

Ó Á SUS AGENCIAS

Alicante: Paseo de los Mártires, 32.—**Almería:** Apartado 24.—**Bilbao:** calle Viuda Esparza, 14.—**Cádiz:** calle Isaac Peral, 9.—**Cartagena:** Sr. C. Calamari.—**Ceuta:** Gómez Pulido, 26.—**Gijón:** Apartado 7.—**La Coruña:** Apartado 42.—**Mahón:** Sr. Guillermo Goñalons.—**Málaga:** Cortina del Muelle, 23.—**Melilla:** Apartado 5.—**Palma de Mallorca:** Libertad, 17.—**San Feliú de Guixols:** calle Gerona, 26.—**Santander:** Apartado 38.—**Madrid:** Alcalá, 47.—**San Sebastián:** Apartado 78.—**Sevilla:** Hernando Colón.—**Tarragona:** calle Apodaca, 8.—**Valencia:** Pérez Pujol, 5.—**Vigo:** calle Arenal, 62.
Zaragoza: Calle Azoque, 25 y 27



Después de tomar una cucharadita de **Jarabe Salud** en un poco de vino rancio, comerá usted con apetito excelente y renovará sus energías, combatiendo con éxito a la anemia y al decaimiento.

Las cualidades más completas como tónico excelente y poderoso restaurador del organismo, las tiene el delicioso **JARABE** de



HIPOFOSFITOS SALUD

Más de 30 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.

En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD

“RENACIMIENTO”

acaba de adquirir la exclusiva para editar todos los libros de

“EL CABALLERO AUDAZ”

y ha puesto á la venta las siguientes obras del afamado novelista:

La virgen desnuda.....	Precio: 5	pesetas
De pecado en pecado	»	»
Desamor.....	»	»
El pozo de las pasiones..	»	»
En carne viva.....	»	»
La bien pagada.....	»	»
La sin ventura.....	»	»
El divino pecado.....	»	»
San Sebastián.....	»	»
Emocionario.....	»	»
Con el pie en el corazón.	»	»
Hombre de amor.....	»	»
Un hombre extraño.....	»	»
Lo que sé por mí. (Más de trescientas entrevistas, recogidas en diez volúmenes).....	»	5

Muy en breve, la emocionante novela de 300 páginas

UNA CUALQUIERA (Breviario libertino y doloroso)

Pedidos directamente á “RENACIMIENTO”, Preciados, 46, Madrid

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano

CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES



BARCELONA

HOTEL RITZ

La Dirección del HOTEL RITZ, de Barcelona, tiene el honor de poner en conocimiento de su distinguida clientela que para primero de Enero próximo quedará terminada la ampliación de este Hotel en el edificio de su propiedad, contiguo al mismo.

Con esta ampliación, el Hotel constará de **250 habitaciones**, de las cuales 225 con baño y las restantes dotadas de lavabo, con agua caliente y fría, y de un «confort» incomparable.

Con esta reforma, el HOTEL RITZ puede ofrecer á su clientela habitaciones á 10 y 12,50 pesetas, sin baño, y desde 15 con baño, así como pensión completa desde pesetas 27,50.

La Dirección del HOTEL RITZ, de Barcelona, espera que estas ventajas serán apreciadas de la clientela que por sus negocios visita frecuentemente Barcelona, y que honrará con su presencia el HOTEL RITZ, donde será atendida con preferencia y encontrará un «confort» y trato incomparables á precios sumamente económicos.

GRAN RESTAURANT * GRILL ROOM

(Á LA CARTA)

DANCING TODAS LAS NOCHES

3 MAGNIFICAS ORQUESTAS 3



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES

Cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo Provincial de Sevilla

NEODER
BIBLIOTECA
MADRID

LA PINTURA CATALANA



EN EL ESTANQUE, cuadro de J. Armet, que figuró en la Exposición de Paisajistas Catalanes

DE LA VIDA QUE PASA

MUJERES Y MANIQUÍES

UN notable cronista, amante del fausto y satisfecho de su fortuna, nos ha descrito la deslumbradora suntuosidad de las señoritas maniquíes en la gran FERIA de Muestras de Barcelona. Estas pobres muchachas, hijas de obreros y faltas de otro recurso que su trabajo para atender á su subsistencia, tienen como ocupación, modestamente remunerada, presentarse ante los parroquianos de los almacenes visitando los trajes más bellos, las pieles más caras, las alhajas más ricas y los sombreros más magníficos. Desempeñado su papel de princesas de una hora, desvisten todas sus galas, se cubren nuevamente con su indumentaria de menestralas y vuelven al tugurio en donde las esperan sus padres, hambrientos y malhumorados, á soñar con las magnificencias que pasearon durante unas horas con tanta gallardía; con las sedas que acariciaron sus carnes, las pieles que rozaron sus mejillas, las plumas que cayeron sobre sus sienes, los brillantes que resplandecieron en sus dedos y en su garganta, y que no serán suyos jamás.

Hace ya mucho tiempo que *les mannequines* parisienses hicieron su presentación en España, y en París han sido escritos muchos artículos, profundos unos, espirituales y alados otros, comentando el contraste entre la pobreza de la figulina y la riqueza de sus atavíos. En general, todos los cronistas, de veinte años á la fecha, han compadecido á los maniquíes vivos, condenados, como Tántalo, á ver junto á sus labios el manantial de la felicidad, que nunca habrá de humedecerlos.

Desde hace un año, España parece destinada á convertirse en centro de la elegancia, de la disipación y el placer europeos, y la FERIA de Barcelona ha superado á cuanto la imaginación pudiera soñar. Los maniquíes paseaban cubiertos con las prendas más costosas que puede imaginar el ensueño. Unos cubrían sus hombros con abrigos de armiño de doscientos mil francos; otros lucían collares de quinientos mil. No pocos hacían brillar pedrerías valuadas en algunos millones. Las hermosísimas muñecas vivientes se mostraban gentiles y orgullosas, causando envidia á las millonarias improvisadas del ensanche y aun á las extranjeras del mejor tono. ¿Cuál sería la tristeza de estas mujercitas al encontrarse nuevamente con sus falditas de lanilla y sus delantales de percal? Ved el perpetuo tema de todos los cronistas sentimentales.

Yo creo, sin embargo, que estas lindas obreritas son muy dichosas. Una mujer necia puede ambicionar las galas por ser galas y por su alto valor intrínseco; pero las discretas no las buscan, sino porque ellas pueden realzar su belleza y, sobre todo, su distinción, y esto lo consiguen los maniquíes mejor que las más acauda-

ladas millonarias. Las señoronas que los despojan de sus pieles de armiño y de sus *rivières* de brillantes, no podrán menos de envidiar á aquellas pobres dependientes de almacén que las superan en elegancia natural y que, con sus ademanes aristocráticos, sus portes dignos, sus figuras gentiles y sus rostros inteligentes, las demuestran que no basta poder arrojar sobre la tabla de un *comptoir* unos cuantos fajos de billetes de Banco, sino que hay algo que no se ad-

quiere sino con la exquisitez del espíritu, que ya no es patrimonio de las clases que se llaman privilegiadas, porque cuentan con un capital que les permite pretender humillar á las desamparadas de la fortuna.

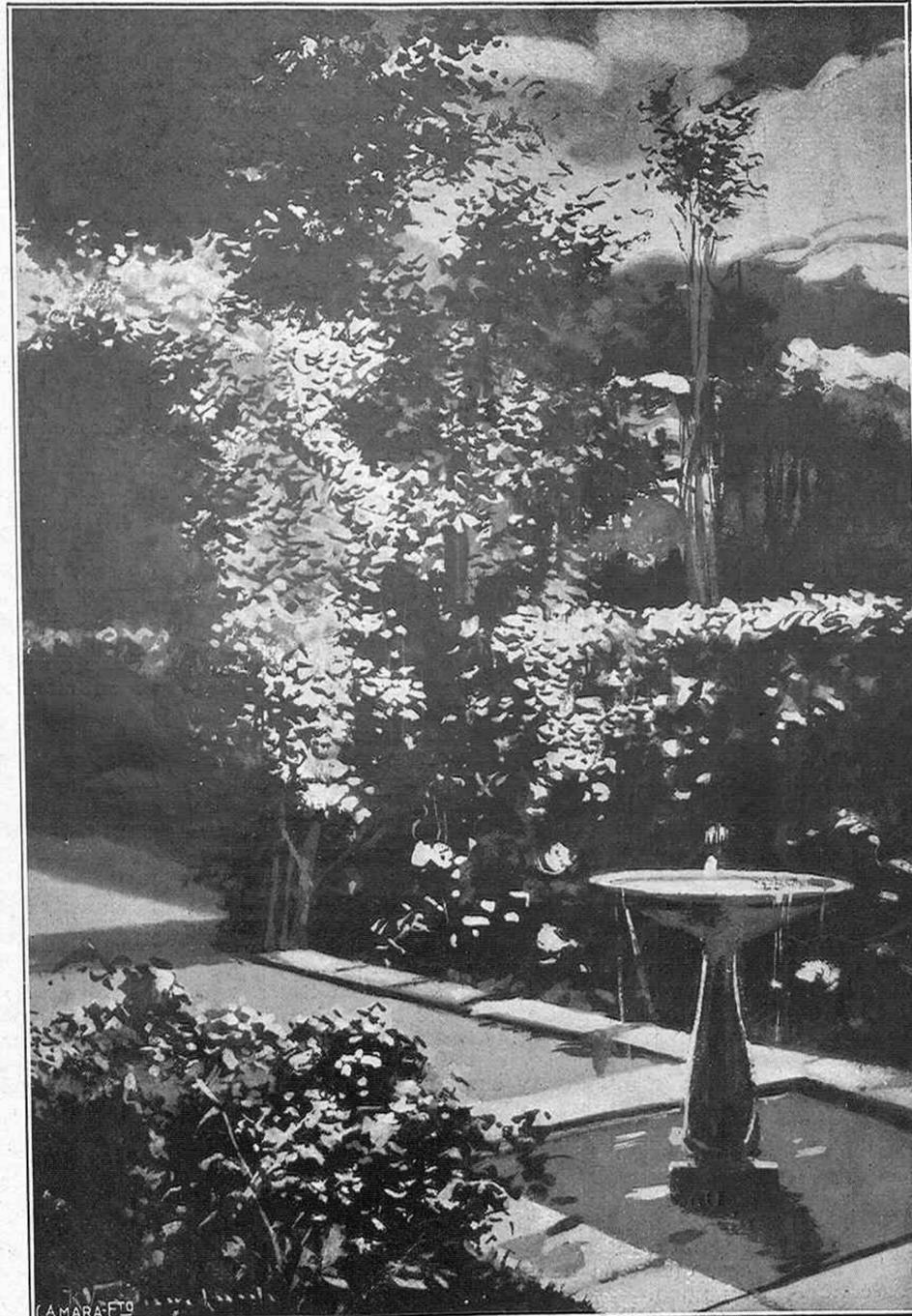
¡Con qué compasión, con qué mal disimulada lástima contemplarán los maniquíes, más de una vez, á las compradoras zafias, ordinarias y torpes que las arrebatan sus joyas y sus pieles! Las mismas prendas, los mismos pendientes, los mismos sombreros que á ellas las trocaron en soberanas de reinos imaginarios, parecerán en poder de las que no poseen otro don que el del dinero, trapos ajados, cristales toscos, felpas y plumajes de baratillo. Y, entonces, se sentirán confortadas al cerciorarse de que todo en el mundo tiene para los seres elegidos una compensación y de que vale más ser mujer oficiando de maniquí que fantoche presumiendo de hembra discreta.

Alguna de estas bellas obreras desceñirá de sus hombros, esculturalmente contorneados, sus capas de piel para que la pruebe en los suyos la compradora millonaria, de vientre desvenecado, torso deforme y rostro de gárgola. Ella misma se encontrará desagradable. «¡Oh!—dirá—¡Si yo fuera tan bella como esta señorita! ¡Si yo tuviera su gallarda presencia!» Y la dependiente disimulará una sonrisa de legítimo triunfo. La joya, el abrigo, la toca, pasarán á poder de aquella señora opulenta; pero ella sola los habrá poseído; sólo ella les habrá prestado todo su esplendor, toda su majestad deslumbrante. Y es seguro que, en muchas ocasiones, cubierta con una sencilla capa de paño y una gorrita de calle, desprovista de todo adorno, al lado de una señora rica, que se prueba un abrigo de marta canadiense y un gran sombrero de quinientos francos, verá, con legítima satisfacción, que todas las miradas se dirigen á ella y que hay en torno suyo un sobrecogimiento admirativo. «¡Bah!—dirá para sus adentros—No es todo la riqueza. ¡Son esas prendas las que me hacen valer durante unos instantes, ó soy yo la que les presto su encanto y el deslumbramiento que hacen despertar la ajena codicia? Para echar las pieles sobre sus hombros, para cubrir sus dedos de esmeraldas y de rubíes, para colgar de sus gargantas cascadas de brillantes y perlas, todas esas ricas pagan una fortuna, y á mí se me paga por lucirlas durante un cuarto de hora. ¡No sería una insigne torpeza envidiar la cáscara poseyendo el fruto, y codiciar el manto, llevándolo en andas propias la imagen?»

Y, discurrendo así, serán ciertamente felices. A fin de cuentas, hay bajo los cielos algo que vale mucho más que ser soberana: merecerlo. Dad un alma á la muñeca y se tornará mujer ideal; quítádsela á la poseedora de tesoros inagotables y se quedará en maniquí.

ANTONIO ZOZAYA

PAISAJES NOCTURNALES



La luna derramaba su ánfora de plata sobre el parque florido de blancos jazmineros; abríase en la fuente la nocturnal sonata que se perdía en los tristes, nostálgicos senderos.

Hilaban su poesía sonámbula y torcida, las sendas que apretaban el pecho á la montaña, que parecía quejarse con voz adolorida, cual si fuere una loba herida en la maraña.

Los visajeros cantaban al cruzar los caminos, modulaba la brisa arpegios cristalinos y las sombras corrían cogidas de las manos.

Un eco moribundo de débiles violines moría en el misterio de los negros confines, y hablaban á hurtadillas dos sátiros hermanos.

Ha entrado la luna temprano en el rosál, y todo se ha poblado de dulces cuchicheos. Desfilan las Julietas seguidas de Romeos, y hay músicas de besos bajo la luz astral.

Semeja el monasterio un hombre que medita, con la cabeza baja y el índice en la boca. La fuente es en la noche un ave blanca y loca que canta una elegía eternal y bendita.

Un perfume agradable, penetrante y alado, viene de los vergeles lejanos de las lilas, y se han dormido, lentas, las auras sobre el prado,

como sonidos graves de cansadas esquilas. Los bohemios, en grupos, caminan lentamente y hay gritos y canciones entre toda la gente.

La noche es una viuda que lleva en la montaña, vestida con su toga más negra que la muerte. La luna es una niña caprichosa y huraña, que suspira y lamenta su desgraciada suerte.

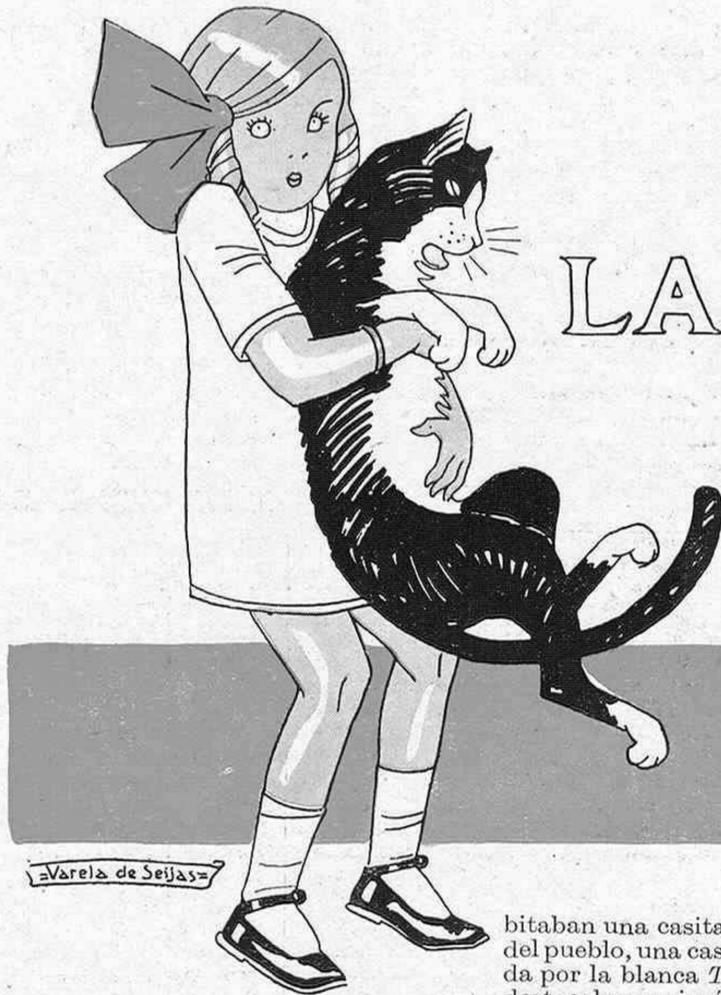
He mirado hacia el cielo para alejar mi pena, pero en él no he encontrado alivio mi quebranto. He mirado hacia abajo, y el río es una vena que se aleja y alarga en un perpetuo llanto.

A la luz de la luna, que riela en el cristal sonoro de la fuente, que se queja en poesía, aparecen los pinos en actitud letal,

cual si fuesen gigantes parados en la umbría, para hacer un ataque de mera fantasía y dispersarse luego por el cañaveral.

Angel DOTOR

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



LAS VÍCTIMAS DE SIEMPRE

SIEMPRE iba á la zaga de *Don Pedro*, un gatazo pachorrudo y bonachón, que agarraba la niña contra su pecho, llevándola por toda la casa, las cuatro patas al aire, los ojos entornados con resignado gesto de abuelo que se deja hacer; era un reverendo gato viejo y filósofo de la escuela estoica; tenía once años; llevaba seis á la nena, y con su cachaza paternal, parecía decirle: «Ya, ya aprenderás que la vida es una cosa muy seria.» Lolín le maltrataba, porque le quería; en el orden de sus afectos, estaba primero el gato; luego, *Tontón*; luego, su abuela, y, últimamente, aquella señora de gesto ajado, de ojos tristes, que de tarde en tarde parecía por allí, y á quien la vieja hacíala nombrar «mamá». Iré presentando á estos personajes.

Tontón era una mujerona grande, grasa, toda blanda y blanca, con unos ojazos inexpresivos, en que se desleía, como un terrón de azúcar, la ternura, esa ternura estúpida que hay en los ojos de las vacas; una mujer de arroz con leche. *Tontón* vestía y desnudaba á Lolín, y enrizábale los bucles de muñeca, poniéndole en lo alto del peinado una lazada grande, chillona, como una gran amapola; el lazo era todo el orgullo de *Tontón* (Concepción), y de que le saliese bien ó mal dependía el humor de la buena mujer; y de alguna respuesta ácida para señora ama tuvo culpa el que, aquel día, salió torcida la lazada. Señora ama era una abuelita de faz severa y pálida, toda arrugas, igual que una ciruela pasa; tenía los dulces ojos entornados, como si el sueño les rindiera, y de mirar lento. Los ojos interesaban sobre todo á Lolín en los seres conocidos; los de *Don Pedro* eran pardos, como los suyos, pero de mucho saber; los de *Tontón*, buenos y dulzones como dos caramelos; los de abuelita, parecíanse á los del gato, en que se fruncían; pero indudablemente *Don Pedro* sabía y había hecho muchas más picardías que la vieja. Los de su madre, veales siempre como si acabasen de llorar; de pupila dorada, eran como dos margaritas bañadas de relente, y al besarla á ella dejábale en la mejilla una gota de agua, á causa de lo cual no le gustaba que la besase, y cada vez acudía con su mano para limpiarse aquella humedad. Quedábasela mirando gravemente un momento, queriendo saber; pero luego huía saltando, con su *Don Pedro*, al aire la barriga venerable y las patitas afelpadas. Corría saltando, que era su modo de andar, y el lazo que como una mariposa posaba sobre su cabeza de oro, tremaba; parecía que la mariposa fuese á lanzarse al espacio; pero estíbale allí quieta sobre la flor rubia...

La nena era alegre, y todo lo veía alegre. Ha-

bitaban una casita con huerta en las afueras del pueblo, una casa fresca, blanca (enjalbegada por la blanca *Tontón*). Sobre su blancura destacaba un ciprés, trágico guardián de la alquería; era como un negro lunar en una cara bonita. Frontera, alzábase una redonda loma, igual que un miriñaque verde; á las tardes, un ganadito de ovejas blancas y brunas tendíase por las laderas, y la lomita era entonces como una linda falda á pecas. Más allá, la tierra de viñas; aún desnudas de verdor, las cepas alineábanse como las rayas de una falsilla. Todo esto mirábalo la nena y lo hallaba bonito. Cantaba un pájaro, latía un arroyo, un hombre allá en la viña acompañábase con sus coplas. La nena estaba alegre, á pesar de los ojos tristes de la abuela y de aquella mamá llorona que de tarde en tarde asomaba por allí; la temía, por cierto instinto de que ella traía la tristeza; abuelita, después de aquellas visitas, callaba más, abatía más sus ojos, de mirar lento; *Tontón*, pelando las patatas y dándole al soplillo, suspiraba con unos suspiros que le hinchaban el vasto y virginal pecho, como hincha el viento la vela; pasaban las horas sin que nadie dijese nada á Lolín, ni recordasen de Lolín sino para darle la comida silenciosamente; sólo *Don Pedro* tenía el mismo gesto ecuánime de hermano lego cocinero. Por eso, la nenita confiábale su pensar, sus intimidades, sus cosas; y el animal oía paciente, los ojos adormilados, y siempre sentenciaba igual: —Miau, miau...

Lo cual quería decir que estaba muy conforme en todo.

ooo

Un día la viejecita cerró definitivamente los ojos. Lolín la vió tendida, no en la cama, sino en una á modo de cuna larga y negra, entre luces; una cosa nada simpática, que la inquietó un poco.

Tontón la dijo, alzándola en sus brazos: «Besa á tu abuelita.» Ella lo hizo, y sintió una frialdad desconocida en la boca, y acudió con su mano para quitarse *aquello*; como hacía cuando la besaba su madre. «¡Mira, mira á tu abuelita, que no la verás más!» Lolín la miró y parecióle que por debajo del párpado, entreabierto, aún la miraban las pupilas lentas; pero tan tristemente... *Tontón* la dió un beso largo; ella escapóse de sus brazos, porque la boca de *Tontón* tenía la humedad molesta de los besos de mamá. Su madre había venido; pero apenas reparó en ella; permanecía sentada á la cabecera de la abuela, y las dos callaban; otras veces, siempre, hablaba la viejecita, y su madre lloraba, y la viejecita decía con su acento severo: «¡Ese hombre!» Todos sus recuerdos de aquellas largas confidencias en la mente de la niña eran estas dos palabras: «¡Ese hombre!»

Huyó, vagó todo el día por la huerta; estuvo oyendo cantar el pájaro y latir el regatuelo del agua; fué feliz, porque aquel día no la martirizó

Tontón el pelo, y ella corrió, saltó, cantó, fué libre. Alguna vez pasó por sus ojos la visión del cuarto ennegrecido por aquella extraña cuna, dentro de la que se estiraba, rígida, la abuela; pero su pensamiento, como una golondrina, volaba sin pararse nunca. El señor gato no le concedió importancia alguna al suceso; ella se lo explicó todo muy bien; pero él dijo lo de siempre: «¡Miau, miau!»... Y arrugó sus ojos de sabio, para quien la vida no ofrece curiosidad alguna...

Durmióse en la huerta sobre un brazo de rosas, y á deshora vino á despertarla *Tontón*. Vestía de negro, como su madre; tomóla de la mano, siempre llorona, y, diciéndole cosas que no entendía, llevóla á casa y la acostó.

Al otro día fué su madre quien vino á despertarla; vistióla una batita blanca, y vino *Tontón* y le dió muchos besos, de aquellos húmedos que maldito si le gustaban, y le dijo que se iba con su mamá á la ciudad y ya estaría siempre con ella. Preguntó por la abuela, le dijeron que no estaba, que había volado al cielo; la nena miró arriba; pasaban las nubes candidas... No comprendía que la abuelita, á sus años, pudiese volar; pero lo admitió, en vista de que hasta *Don Pedro* dijo: «¡Miau!»... ¡Pensó que sería bonito ir sobre uno de aquellos cisnes blancos... No eran las nubes, paseando por el azul!... Preguntó á su madre por qué no se iban al cielo; la madre, por toda respuesta, la besó apretadamente; *Tontón* rompió en un llanto tal, que Lolín pensó que como ella llorase así, le darían dos azotes.

Hoy *Tontón* hízole el tocado, y más despacio que nunca; de vez en cuando sorbía fuerte, como si tomase rapé; púsole una cinta nueva, una cinta negra.

La besó muchas veces; la llevó hasta la puerta en brazos, la subió á un coche. Dentro y la nena con su madre, aún metió la cara *Tontón*; la cogió, la estrujó contra su pecho, que se doblaba como masa de harina al peso de la nena. Arrancó el coche calzada arriba. Lolín vió las manos de *Tontón* que decían adiós; vió la pachorruda persona de *Don Pedro* alzado del suelo, movido como un badajo por aquellas manazas, que decían adiós zarandeando al cachazudo viejo irreverentemente; luego, ya lejos, vió á *Don Pedro* en tierra, estirarse, curvar el espinazo, tenderse al sol, filósofo... Y vió las manos de *Tontón* acudir á sus ojos, hundirse en ellos los puños, tal y como hacía ella cuando pillaba una rabieta... *Tontón* lloraba y lloraba; los caramelos de sus ojos parecían deshacerse...

ooo

Y no vió más á la abuela, ni á *Don Pedro*, ni á *Tontón*. Estaba con su mamá... y con aquel hombre.

«¡Ese hombre!»

Lolín tiene seis años y empieza á comprender: ese hombre era su padre; un hombre que la sien-

ta en sus rodillas á la hora de comer y la besa; pero dijérase que la besa con rabia; su barba hace daño á la nena en su carne de flor. Habla, habla, y la madre escucha, la cabeza baja, mientras come; escucha y calla, y, de vez en vez, atiende á apartar la cazuela, á poner vino al hombre, á partir el pan para la niña; escucha, como escuchaba á la abuelita cuando le hablaba bajito y seguido allá en el pueblo. El habla con verbo cálido y dice palabrotas, como aquella que ella dijo una vez, y *Tontón* le pegó en la boca porque era pecado. ¿Por qué era pecado? *Don Pedro* dijo: «Miau.» Ahora lo dice papá, y mamá calla siempre, la cabeza baja. El habla con voz sorda, que luego se hace robusta, y los ojos se le encienden: Lolín oye repetirse mucho: «Injusticia..., capital..., explotadores...» A solas con su madre, pregunta:

—Mamá: ¿papá dice pecados?
La madre calla; ella insiste:
—Mamá: ¿por qué dice papá pecados?
—Porque es papá.
—Y yo, ¿podré decirlos cuando sea mayor?
—Esas cosas sólo las dicen los papás cuando se enfadan.

—¿Papá siempre está enfadado! (*Un silencio.*) ¿Por qué está enfadado papá?... ¿Oyes, mamá?

La madre, calla.

Un día, al llegar del colegio, Lolín oye gritos, lamentos; es su madre, que llora; pero no con aquel ritmo tranquilo de cuando la abuela se fué al cielo, que era como el latir del arroyo huertano; llora con terror, y parece como loca, y las gentes que cruzan el patio—habitan en una casa de vecindad—atienden un segundo, y preguntan á una vecina, que acaso asoma á su puerta, y pasan de largo con una mueca malsana.

La nena oye perfectamente uno de aquellos diálogos:

—¿?

—La mujer de ese, el sindicalista; que ese hombre le ha pegado dos tiros á su patrono y le han echado el guante.

—¿Si le cortaran el pescuezo!

—A la calle. Ya verá usted. Dentro de cuatro días, en la calle.

La niña no entiende del todo; pero adivina, por el rictus de odio, de crueldad, por la mirada de odio con que la persiguen cuando ella sube la escalera.

—¿Calle usted!

—¿Es la hija?...

Se apartan, se escurren á la penumbra del portal, para seguir comentando; no se ve á nadie en el patio; nadie llégase á consolar á la pobre mujer, que, desgarrándose las entrañas, llora su pena; y todos los oídos están abiertos, y en cada puerta hay unos ojos que atisban, y los corazones, sordos al dolor de la víctima, se gozan con torpe gozo.

—¿Es esa, la de ese!

«El hombre ese!», decía la abuela; la opinión dice: «La mujer de ese.» Ella es también culpable. La niña sube sola á su corredor, empuja la puerta. La madre no se entera de que alguien llega; ciega sus ojos la niebla de lágrimas. Lloro, diciendo una sola palabra:

«¡Madre, madre, madre!...»

La nena mira al cielo—el cielo raso de la habitación mísera—; pero la abuela no descende á consolar á mamá. Se llega y pugna por apartarle las manos de los ojos.

—¿Por qué lloras, mamá?

La madre no responde; llora cada vez con menos violencia, con más dulce murmurio.

«¡Madre, madre, madre!...»

Y es como salmodia de plañidera aquella sola nota, que va ahilándose dulcemente, como queja que se pierde en la lejanía.

«¡Madre, madre!...»

La nena, los ojos muy abiertos, secos, la observa con la mirada precozmente sabia de los niños que sufren.

ooo

Lolín es una mujercita de ocho años. No ríe nunca; sus ojos se han hecho negros, de un negro de acibar. Ya sabe quién es su padre y qué es. El estuvo en la cárcel porque dicen que mató, con otros, á un patrono; pero de vieron la causa y resultó que no era él, y fué á la calle. Ella sabe que mató, de veras mató, porque él se lo ha dicho á su mujer y á ella en casa, en las largas sobremesas. Ella sabe que hay pobres y ricos, y los ricos dice papá que son malos para los pobres; su papá era cajista; pero al presente no tiene oficio; está en el Sindicato. Un día su papá hará triunfar la

justicia, que es una cosa muy buena, mejor que los bollos; ello será el bienestar para todos; pero ha de conseguirse matando á mucha gente. ¡Es lástima, porque á ella le da miedo la sangre! Pero papá es bueno; la llevó un domingo á los toros, y luego á refrescar y de fonda, y luego al cine. Después, en muchos días no volvió á ocuparse de ella. De noche no viene á casa; entra al amanecer, y duerme durante el día; su mamá limpia y barre despacito y anda de puntillas para que papá descanse. La pobre mamá trabaja mucho, y á veces papá la riñe, y una vez hasta la pegó. Ella le dijo: «¡No le pegues á mamá!» El la miró despacio, cogió su sombrero y se fué. La mamá no se quejó ni lloró; sólo—recuerda muy bien—levantaba el brazo doblado, defendiendo el rostro. La niña lloró, y mamá la dijo: «¡No llores, tontina. Papá es bueno.» «¿Por qué te pegó?» «Son así los hombres, hija.»

«¡Ese hombre!»

La nena meditó largamente aquello; por la noche no durmió. Comprendía que *Don Pedro* aguantase sus caprichos y sus tiranías. «Son así los hombres», pensaría el animalito, y por eso se aguantaba. Amaneció; pero en el alma de la niña perduraba la noche; en su almita se había puesto el sol y no amanecía.

Lolín ayudaba á su madre en los quehaceres de la casa; después de aquello, cuando dijeron que su papá había matado á un hombre, en el colegio hicieron el vacío; una vez, una niña le puso un alfiler en el asiento; otra vez la echaron un tintero en el cabás. Llamábanla «la sindicalista», y la del alfiler, «la criminal».

—Tú me pusiste un alfiler para que me lastimase.

—¿Y tu padre es criminal!

Es así la lógica de los niños. Y la de los grandes.

Su madre la sacó del colegio. Mudáronse á otro barrio del arrabal: á una casita blanca, que por de fuera recordó la de la abuela; pero ésta era larga y estrecha; le parecía un ataúd.

Ahora estaba siempre con mamá. La amaba; la amaba como no amó nunca á su gato ni á *Tontón* ni á la abuelita. (¡Oh, días lejanos de la infancia dichosa!) Sentábase delante de su madre para hacer labor; pero dejaba la calceta y quedábase mirando el rostro pálido, inmóvil; la mano pálida que cosía y cosía en silencio; está-

base así largo rato, como si leyese la historia triste de la madre en su faz marchita. «¿Qué haces, hija?» La nena bajaba sus ojos y seguía dando á las agujas.

La madre cosía ropa blanca para una tienda; de día y de noche, cosía. El sindicalista protestaba contra aquello. ¡Era embrutecedor! La mujer no es una bestia. Ya se emanciparía á la mujer, que es la compañera del hombre y su igual en derechos.

Todo esto lo hablaba mascando su puro de 25, escupiendo, diciendo á la hija que bajase á la cantina por cerveza. «¡Ya, ya vendrá el día de la Justicia!»

La mujer callaba y cosía. Y él engordaba; se daba ya un aire de burgués, de patrono; y mientras, ella cada vez más flaca, más lacia; á la nena le parecía que sus manos eran cada día más blancas. Trabajaba, comía mal y dormía poco; enfermó del pecho. El, ni se enteró. Oíala toser, y decía que para qué trabajaba tanto, y todo por servir á la burguesía. Ella no quería decirle: «Y ¿qué nos das tú para comer la hija y yo?» (él comía ahora casi siempre en el fonducho de sus compinches). Callaba, trabajaba, tosía. El hombre que había de hacer la emancipación de la mujer abandonábala, no por maldad, por incomprensión, por sordera del espíritu, por insensibilidad. Todos los sentidos y potencias poníalos al servicio de su idea, de su odio, de sus combinaciones. Del hogar no sabía nada. Recordaba de tarde en tarde que aquellas sombras que cruzaban ante él eran su mujer, su hija. Luego borrábanse como niebla. Eran las esclavas; eran como una cosa.

Una noche llamaron recio á la puerta; aún no eran las once... Oyeron la voz de él, tartajosa. Pronto volvía. ¿Qué era aquello? La hija miró á la madre y fué á abrir. La madre seguía los pasos de la hija, fija en la puerta, y vio que él estaba apoyado contra el quicio, como beodo; al enderezarse para pasar el umbral derrumbóse en tierra pesadamente. Llegóse, le palpó el pecho y se mojó las manos y se las vió rojas. El hipaba: «¡Me han matado! ¡Ladrones!»...

A mansalva, con traición, desde un vallado, cuando iba á su Sindicato, le habían hecho una descarga, huyendo.

Madre é hija, inmóviles, mirábanle con espanto. La madre dijo: «Ve por un médico. A la Casa de Socorro.» La niña salió como sin rumbo, como, cuando infante, se daba á correr sin ton ni son siguiendo una mariposa.

Corrió, llegó á una posta sanitaria, y dijo con un lamento:

—Vengan, que han herido á mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Es... Lázaro, el de la casita blanca.

—El sindicalista—dijo el portero.

—¿Que se muere! ¡Un médico!...

El portero parecía no comprender, y ella repitió angustiada:

—¿Mi padre, que se muere! ¡Un médico!...

El hombre pasó recado; ella quedó derecha junto á la puerta, como una mendiga. Un guardia miraba con curiosidad insensible. Algo estorbaba entre los dedos á la niña y se dió cuenta de que aún apretaba el carrete con que cosía al llegar su padre. Seguía en pie y con los ojos en tierra porque todos la miraban, aunque nadie le dijera nada. Temblaba de frío, porque vino sin abrigo y era Noviembre...

Salió un hombre enrollado en bufandas.

—¿Eres tú la chica del sindicalista?

—Sí, señor.

El hombre, despidiéndose con sordo rencor, dijo:

—Bueno. Vamos á ver si agarro una pulmonía por ese bandolero.

La niña, como si entonces se diese cuenta de su desdicha, rompió á llorar. El hombre:

—Vamos, mujer, no llores. ¡Eso trae el meterse en belenes!

Y echó á andar á grandes zancadas; la nena iba á su lado corriendo, temblando, llorando...

Llegaron y no había nada que hacer; estaba muerto; tenía horadado el pecho por dos balas y roto un brazo. El médico, por vía de consuelo, y en tono de pedagogo amable, mirando al muerto, pero para que oyesen las vivas, dijo esta sentencia:

«¡Quién á yerro mata...!»

«¡Donde las dan las toman!» Y se fué,

tras encargar

que no tocasen

el cadáver has-



Varela de Seijas

ta que viniese el juez. Toda la larga noche, madre é hija, la una sentada en tierra, de pie la otra, lloraron junto al cuerpo frío. La niña aún oprimía en su puño el carrete, que martirizaba sus deditos... Alguna vez la viuda interrumpíase para toser; luego volvía á su llanto sin consuelo...

¡Aquel hombre, su amor, que la trastornó y la hizo huir de su madre y romper con ella!... ¡Allí estaba muerto! Le había amado, le había admirado, le había compadecido... Era la santa, la dulce esposa, la buena, la víctima.

ooo

Solas fueron al cementerio siguiendo la caja; solas volvieron; ni un amigo, de todos aquellos que tenía el hombre, y huyeron como palomas á quienes espanta un tiro...

Solas quedaron y sin amparo. En la tienda enteráronse de que había sido la mujer de aquel hombre y la dejaron sin trabajo. Solicitó otra tienda; pero al pedirla informes, supieron quién era y no la admitieron. Repetíanle en todos los talleres la consigna: «No hay trabajo.» Era una mujer peligrosa; un patrón se lo arrojó en su propio rostro, abrochándose el chaleco, como si temiera por el reloj. Con la crudeza de la insensibilidad, brutalmente, en todas partes le dieron con la puerta en los ojos... ¡Ah, solidaridad del egoísmo con la incomprensión y la cobardía! ¡Ni lástima, ni caridad de nadie! La mujer de un hombre que mató, y recibió la muerte de un perro rabioso, no tiene derecho á ganarse el pan.

Y entonces la viuda, su hija de la mano, tomó el camino del pueblo aquel donde fuera á despertarla un día el amor; la canción de la vida

que cantara en su oído de muchacha soñadora, pueblerina, un romántico de un ideal de justicia; los sueños del poeta visionario—entonces aún no era un burgués del sindicalismo—que fué aquel hombre...

Ya en la casita blanca viven otras gentes, y Don Pedro descansa en algún muladar, tan tranquilo como un rey en su mausoleo, y Tontón fuése á su aldea. Y un chamizo cobija á la pobre tísica, y la nena de las mariposas de colores abre su mano en los caminos pidiendo: «Para mi madre, que está enferma.» La copla con que te paran á cada esquina, lector, en este Madrid de los milagros y de los mendigos; sólo que la voz de la niña suena con otro acento.

R. MARTI ORBERA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

EL MONJIL DE LA CONDESTABLESA



BV JADU
922

*En un arca ensayalada,
toda verde y leonada,
hanse de hallar estas cosas:
una almalfa morada,
de seda y oro bordada,
y dos tocas primorosas.*

*Un manto blanco y sencillo,
tres sereneros morunos,
dos chapines y un brial.
Hay de vellori un justillo
y un hatillo
con algunos
tocados de Portugal.*

*Unos guantes ambarinos,
unos pomos, y unos finos
bolsos de guadamecil.
Y allá en el fondo, olvidado,
polvoriento y arrugado,
hay un obscuro monjil.*

*Esos chapines brocados
daban envidia á las flores*

*cuando pisaban los prados.
Y esos guantes elegantes
enlazaron con amores
las manos de los amantes.*

*Fuera de lucir y ver
tanta prenda y rica randa
como pudo poseer
la marquesa doña Brianda,
doña Brianda de Alcocer.*

*Despojos amables son
de aquella dama marquesa
que ha sido condestablesa
de Castilla y de León.*

*Pero de tanta riqueza
como adornó su belleza,
belleza linda y gentil,
nadie sabe de ella cosas,
cosas tristes y amorosas,
como ese obscuro monjil.*

*Cuando en las noches calladas
dejaba el suntuoso lecho,*

*y acallando sus pisadas
se apartaba de su techo.*

*Ese monjil la cubría,
el monjil que el rostro vela,
y parece que tenía
la protección de una abuela.*

*Y cuando en dulces querellas
corrió sus mejillas bellas
una lágrima sutil,
á sus pupilas llorosas
las cubrían, piadosas,
las sombras de ese monjil.*

*Por él, en trova liviana,
pasó, como una villana,
en medio de los villanos.
Por él, en tiempos lejanos,
la sirvieron de escuderos
los más altos caballeros
de los reinos castellanos.*

¡Pobre monjil adorable,

*que sirvió á dulces locuras,
tan propicio y tan amable
como las noches oscuras!*

*Su tafetán lo han mojado
lágrimas que ha llorado
aquella noble mujer
que en el mundo se ha llamado
doña Brianda de Alcocer.*

*¡Pobre monjil que, olvidado,
tanto dolor nos enseñas!
Cuando te he visto, he rezado
por el alma de tu dueña.*

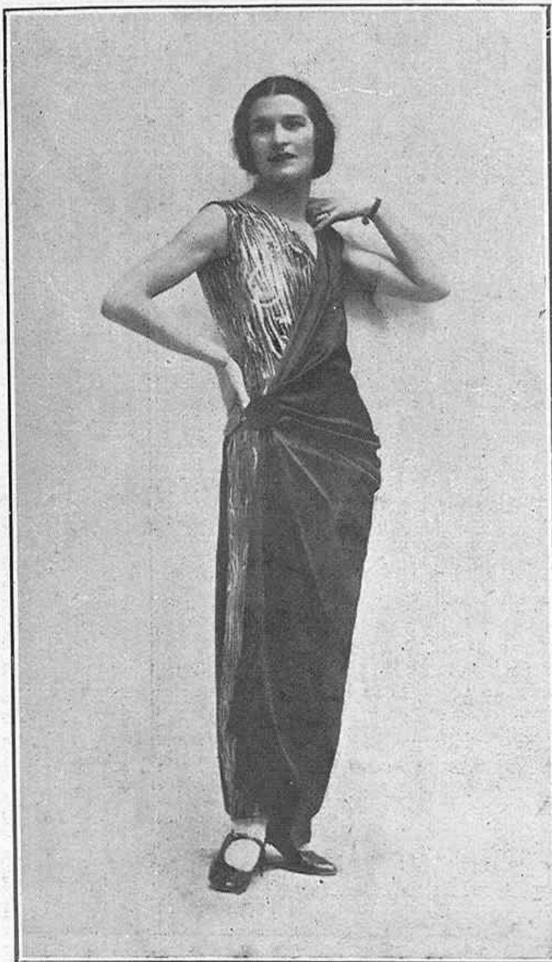
*Rancias telas del arcón
despojos amables son
de aquella dama marquesa
que ha sido condestablesa
de Castilla y de León.*

Pedro de RÉPIDE

DIBUJO DE BUJADOS

LA MODA FEMENINA

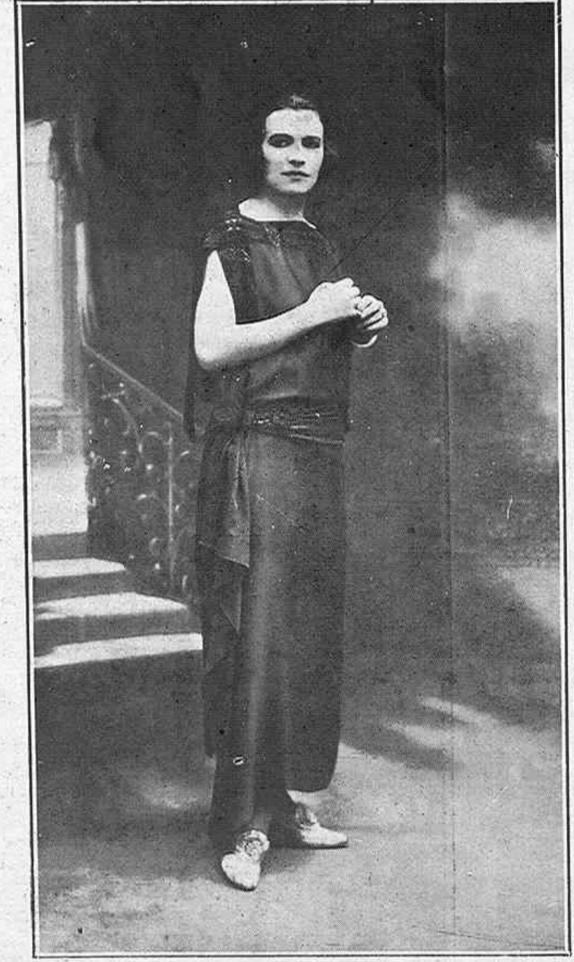
(DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL)



Elegante vestido de raso negro, bordado de espejuelo multicolor



Abrigo de astrakán, con guarnición y adorno de piel de mono gris



Vestido de crespón «querubín», con «broderie», de tono suaves y cinturón de pasamanería

Paris, Diciembre de 1922.

HACE un frío horroroso, y su carta ha acabado de helar mi corazón. ¡Pero qué concepto tan cruel y tan injusto se ha formado usted de mí!... ¡Qué desalmada idea tiene de los motivos que han inspirado mi decisión de aceptar á Gerald! Y esto me lo dice usted cuando precisamente más necesitada estoy de consuelo. A los pocos días de haberse marchado él, y en el momento en que, acuciada mi imaginación por la tempestad que padecemos desde hace veinticuatro horas, no ceso de pensar en los que, como mi novio, se hallan navegando y expuestos á todos los peligros de una travesía por mar. Siempre pavorosa, á mi juicio, por muy moderno y de muchas toneladas que sea el buque que los conduce.

Cuando llegó su carta, hallábame yo, como ahora, acurrucada junto á la chimenea de mi gabinete. Ver el sobre y abalanzarme sobre él, dejando á un lado el resto de mi correspondencia, fué todo uno. Luego, creyendo encontrar un alivio á mi tedio en la conversación de usted, sus bromas, sus consejos y sus amistosas reconvenções—salvo algunos pequeños mal entendidos sin importancia, de esto se compusieron hasta aquí sus comunicados semanales—, me dispuse á leerla con verdadera fruición. ¿Se da usted cuenta de mi sorpresa, mi desencanto, mi pesar desde las primeras líneas?

«Siento haberme tenido que convencer de que es usted una mujer completamente distinta á lo que suponía», me dice usted. «Su carta es una dolorosa pieza de convicción. Pudo usted ser frívola, vanidosa, voluble incluso, y yo no hubiese visto en ello más que un aspecto, siempre encantador, de su sexo. Pero... calculadora, nunca. Y calculadora en una forma tan descarnada, menos aún. Su novio me inspira honda lástima...»

Y en este tono, toda la carta...

Yo no sé qué pensar. Estoy tan segura de no haber merecido esta filípica, á la que no puedo por menos de calificar de atentado contra nuestra amistad. Sin embargo, aún estaría dispuesta á perdonar la ofensa si tuviera la certeza de que había usted escrito en un momento de ce-

guedad ó de mal humor. De lo contrario, en modo alguno quisiera continuar imponiéndole esta correspondencia, única expresión manifiesta de una relación que usted solicitó. Y para no faltar al sentimiento de lealtad que ha sido norma de mi conducta durante el tiempo que ha durado nuestra correspondencia, le diré que este diálogo por escrito había llegado á ser algo necesario á mi vida espiritual. Tal consideración no

le el perdón que hasta la hora presente no ha solicitado usted; y, mientras queda esclarecido el asunto, quiero terminar esta carta cual si nada hubiese ocurrido entre nosotros.

¿Sabe usted cuál ha sido la impresión culminante de esta semana, aparte la marcha de Gerald, naturalmente? Pues la experimentada al hablar por primera vez con madame de Noailles.

Yo deseaba, desde hacía mucho tiempo, ser presentada á la autora del *Cœur Innombrable*, «el primer poeta de Francia en la actualidad», como la llaman no pocos críticos, y, lo que es más sorprendente aún, no pocos escritores.

Debo dicha presentación á Norah, la que, como buena americana, se ha propuesto conocer á todas las notabilidades literarias del país, y lleva trazas de conseguirlo, si es que durante su permanencia en la Costa Azul no busca algún nuevo campo de experimentación.

Pero, volviendo á la excelsa poetisa, encuentro que tiene toda su persona un interés extraordinario. Su rostro afilado, doliente; sus ojos soñadores revelan mucho de aquella inherente tristeza, que es la clave de su obra, sintetizada por la frase «el pasado vive en mí». ¿Qué puede haber más desolador que la obstinada insistencia en el recuerdo?

Mostróse afable, pero poco locuaz, cosa que no lamento. Una mujer como ella habla mejor á través de sus libros.

Norah escribe entusiasmada, luego de muy breves días de estancia en Monte-Carlo, y ya ha pedido que la manden tres nuevos modelos *dernier cri*. Su modisto la tiene destinados: un *tailleur* de beige *zibeline*, con cuello y bocamangas de piel de *pony*; otro de noche, de terciopelo negro, escotado en forma de V, con mangas estrechas y largas y falda ensanchada por tablas *godet* y adornada, al pie, por una orla de piel de mono. Finalmente, uno para tarde, muy sencillo, también de beige *zibeline*, de forma enteriza, levemente ablusado por un cinturón de cuero y sembrado todo él de aplicaciones en lana de distintos colores. El efecto de este modelo es más sorprendente que bello. Y termino preguntándome si esta carta será un «adiós para siempre» ó un sencillo *au revoir*. De usted depende.



Sombrero gran forma «canotier», de tisú bordado, color marrón, guarnecido de terciopelo del mismo color

puede, sin embargo, influir en mi ánimo al extremo de hacerme olvidar los más elementales deberes de cortesía: no cansar, no aburrir, no molestar, aun cuando deje de lado, como estoy haciendo, los no menos obligatorios á que está sujeta la mujer: la de no aparentar siquiera que el trato, el amor, ó la amistad de un hombre es necesaria á su felicidad sentimental ó intelectual. Yo no sólo olvido esta última obligación, sino que la contrario abiertamente, ofreciendo-

E L E N T A B I C A D O



En una angosta cueva, vivo
y entabicado sin motivo,
su miseria llora un cautivo.
La angustiada sed que le abrasa
hace más torvo el sufrimiento;
y en la estrechez de tan ruín casa
se asfixia de odio el pensamiento.

Un tormento, un tormento largo
es su vivir; un trance amargo
que ambiciona un mortal letargo...
Entrechoca en la cueva oscura
toda idea que el alma fragua,
é irrita su sed con tortura
el lejano rumor del agua.

De repente se filtra, y brota
del granito, una clara gota:
una gota de fuente ignota...
¡Alabada sea la fuente

que se filtra como á un conjuro!...
... Mas la gota cae en la frente
y el silencio crece en lo obscuro.

Luego se oyen correr raudales
de lejanas fuentes, cristales
rumorosos de manantiales,
á través de la roca dura,
aún más dura que el corazón
del guardián de la sepultura,
quien tendrá un día su Talión.

La memoria de los senderos
donde huyen arroyos parleros;
la memoria de los neveros
es tan fresca..., ¡y le quema tanto
al cuitado, que llora en grito!
... Mas, de pronto, acalla su llanto.
¡Otra gota cae del granito!

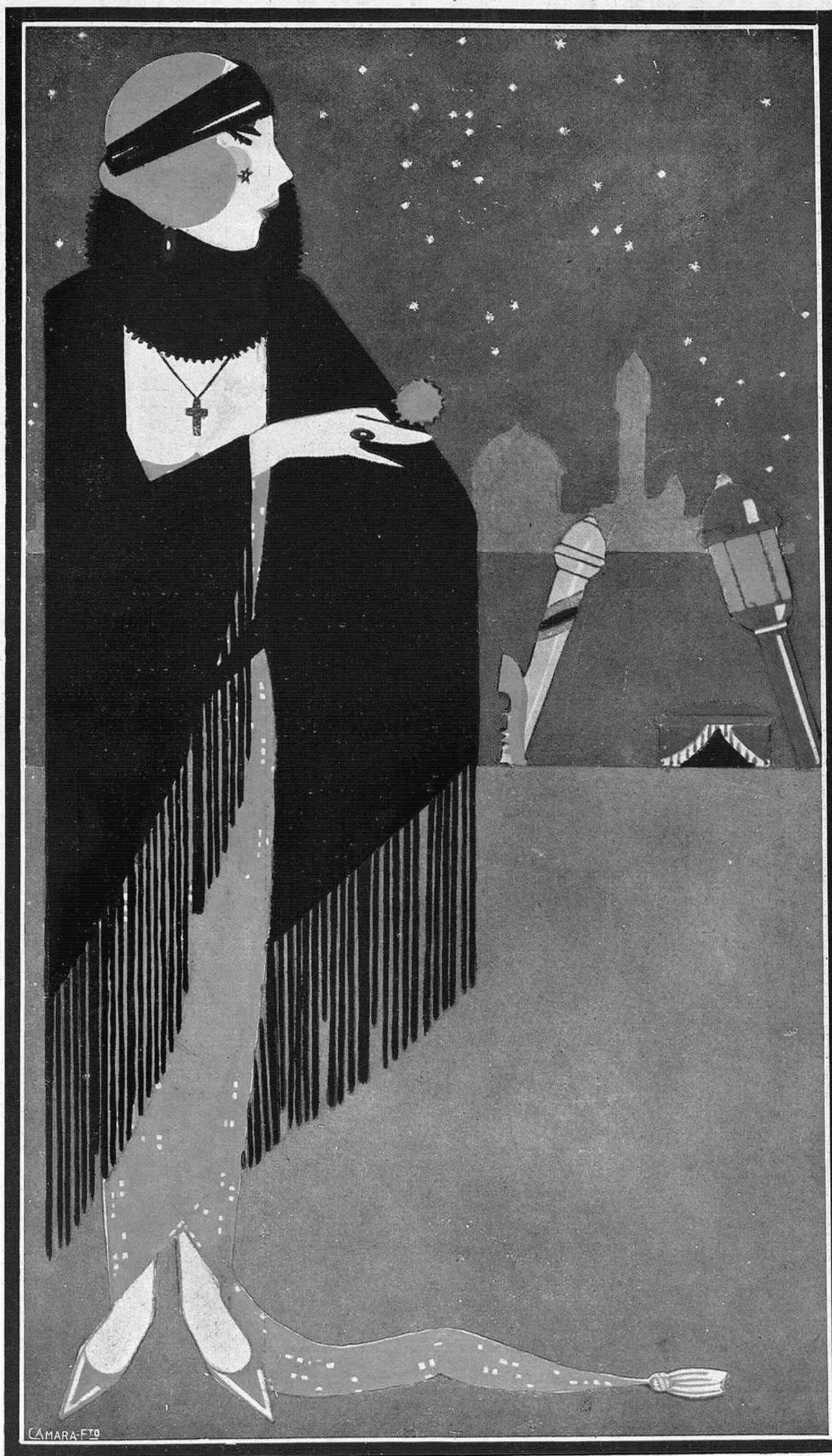
Otra gota le cae y luego
otra gota... De pena ciego,
secas sus fauces por el fuego
que le devora, el malpocado
llora á hilos y abre la boca
por beber su llanto salado...
¡Y sigue filtrando la roca!

Quando un día se rompa el dique
de la vida, y caiga el tabique...
Quando un día todo se explique
con palabras de luz eterna,
sin sed, en paz ya el inocente,
¡qué bien estará en la caverna,
horadada del agua la frente!

José CAMINO NESSI

DIBUJO DE BUIJADOS

LA MUJER Y LA CIUDAD



HAY mujeres que parecen creadas para vivir en determinadas ciudades y cuya existencia no se comprende fuera del marco que admirablemente hace *pendant* con sus determinadas líneas corpóreas y significado espíritu de definidos gustos.

En las ciudades castellanas, recias, sombrías, de altos muros, de larguísimas torres, ha de vivir la mujer morena, delgada, de faz melancólica, de mirada triste y que tiene algo de misterioso al par que de humano. ¿Comprendéis una alegre carcajada cascabeleante en la estrechez de una callejuela provinciana, donde apenas penetra el sol? No. Esta explosión de vida, de alegría y de fortaleza no puede producirse nunca en los parajes donde la misma Naturaleza parece vivir dentro de una agonía lenta, de una enfermedad incurable.

Hay, en cambio, otras ciudades alegres, irrisadas, llenas de perfume y vida, que necesitan, como el pan para sus habitantes, presenciar el paso de mujercitas rubias, de figurines espléndidamente ataviados y ostentosos de atrevidos trajes, que completan el alma de la villa, que le den su fuego y su animación, para que las gentes no digan cuando en ellas habiten: «¡Qué bonito es esto; pero faltan los habitantes!» Porque los habitantes no son los que dan la nota original, precisa, de cada ciudad; esos sólo son el grupo anónimo, los que forman la masa, que á veces trabaja, á veces piensa y siempre constituye el avenir de la ciudad. El emblema de la población, el *penacho*, lo constituyen las mujeres.

¿Qué sería de París mismo si las mujeres, venidas muchas de ellas Dios sabe de dónde, no formasen el principal encanto de sus calles, de sus teatros, de sus *restaurants de nuit*, de sus comercios? Sería una ciudad grandota, con miles y miles de señores que apresuradamente pasarían por sus bulevares, que bajarían rápidamente las escaleras del *Metro*, que asaltarían los *restaurants* de comida rápida, que se asentarían en las terrazas de los cafés; pero que, innegablemente, no harían vibrar el espíritu de la gran ciudad.

Y como á París les ocurre á todas las poblaciones, á todas las ciudades, á todos los pueblecillos.

Imagináos, por ejemplo, á Venecia sin la dama evocadora de los grandes tiempos de los Dux; imagináos que la poesía que emana del ambiente femenino hubiera desaparecido de aquellos canales, borrándose eternamente del fondo de las góndolas, y Venecia moriría sin dejar otro recuerdo de lo que fué que el Puesto de los Suspiros y la tradición de los gondoleros.

Y como á París y á Venecia y á otras ciudades más, ocurre lo propio por el mundo entero, teniendo en cada punto del globo que destacarse la mujer que ha de dar la nota original, propia, *sui generis*, á cada ambiente en que vive.

ooo

La mujer que enaltece y da color á las playas de moda es inconfundible y no puede ser nunca mujer de población interior y alejada del rumor de las olas. Florece durante el verano; sus atavíos atrevidos y de valentía enorme son el encanto de la playa, la nota emocionante en las noches de Casino, el alma que nos hace amar aquella vida frívola y plena de ilusiones. Esa mujer, por mucho que la busquéis, no la encontraréis ya en el invierno, ni la veréis pasar por las calles de la ciudad, ni volveréis á admirarla arrebujaada en pieles dentro de su coche, ni ostentosa en su palco. Esa mujer desapareció al llegar el otoño, cayó con la hoja, huye no se sabe dónde y no volverá á aparecer hasta que el sol luzca de nuevo, con su potente luz, con su calor vivificante, y las playas vuelvan á ser el atractivo de la existencia. Esa mujer es exclusivamente de esa playa: en ella vive y en ella muere; no de la playa solitaria, triste, que eternamente vigila el ir y venir del mar y que espera á los pescadores que vuelven de su ruda tarea. No. Es de la playa alegre, desafiadora, de la playa elegante, en la que suenan las músicas del *jazz-band* y ruedan las fichas sobre los tapetes verdes.

Cada mujer ha de tener su ambiente apropiado y cada población las mujeres que son su característica, y es inútil creer que todo es lo mismo y que todo se halla en todo. La desilusión y el desengaño vienen con su verdad abrumadora á restablecer el equilibrio y á demostrar la firmeza del aserto. Cada mujer debe vivir en la ciudad que le corresponde.

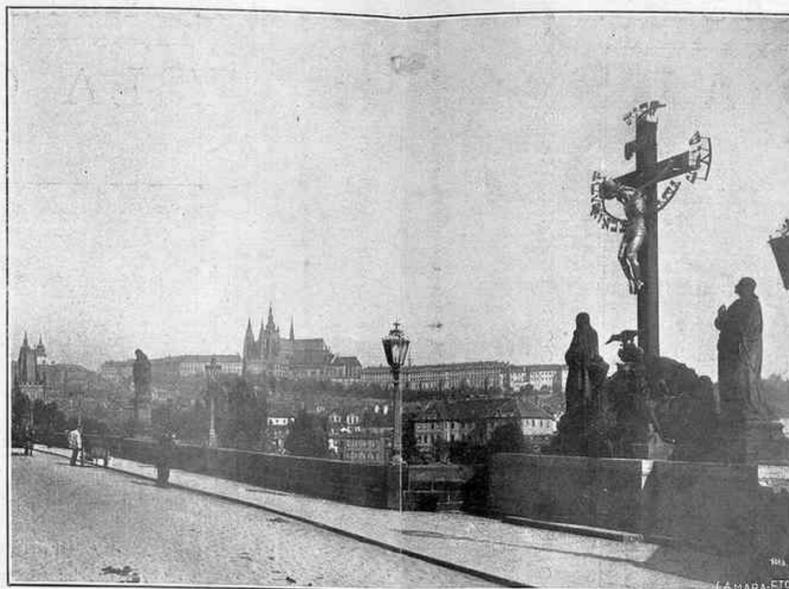
A. R. BONNAT

DIBUJO DE TONO

LA INDEPENDENCIA CHECOESLOVACA



Antiguo Ayuntamiento de Praga



El castillo Hradchany, visto desde el puente de Carlos, en Praga

El pasado día 28 de Octubre, Checoslovaquia ha festejado el IV Aniversario de su resurrección nacional. Tan pronto como el país se vió en libertad de acción, comenzó a edificar en el corazón de Europa esta nueva República, cuya importancia política es ya de todos conocida, y desde entonces ha realizado una gran obra de reorganización.

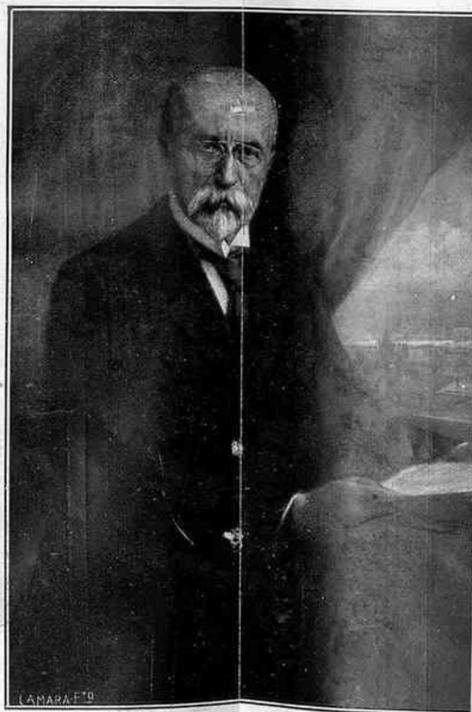
En la actualidad se encuentra concentrado todo el movimiento, particularmente, en su interesante capital: Praga. Dicha urbe, llamada también la Praga Dorada y Ciudad de las Cien Torres, donde la historia de la nación checa se halla escrita en piedra, es de una belleza sorprendente. Varios barrios antiguos ofrecen todavía el aspecto romántico de las ciudades medievales. Su situación sobre el río Moldava y entre colinas le ha valido el nombre de «Roma del Norte», siendo considerada por su perspectiva como la cuarta entre las ciudades europeas.

De sus monumentos históricos sobresale por su suntuosidad el castillo Hradchany, antigua residencia de los Reyes de Bohemia, que conserva una verdadera profusión de estilos, agrupándose a su alrededor numerosos recuerdos de la gloria pretérita. La obra maestra del arte gótico en Bo-

hemia, la Catedral de San Vito, con su incomparable decoración interior, y al lado de ella el edificio románico más precioso del país, la iglesia de San Jorge, son los monumentos que dominan el conjunto arquitectónico. Desde el castillo se goza de la admirable vista del distrito tan pintoresco de Malá Strana (Lado Pequeño) con sus palacios y hoteles, en su mayoría de estilo barroco; los jardines que cubren las colinas circundantes; el río y sus puentes, entre los que el Puento de Carlos es el documento más valioso de la historia artística y religiosa de Bohemia. En la ciudad antigua atraen la atención otros monumentos

de gran valor, tales como la iglesia de Nuestra Señora de Tyn y el Ayuntamiento, testigos de los acontecimientos más importantes de la vida nacional checa, siendo también digna de mención la soberbia estatua de Jan Hus.

La parte moderna de la ciudad no ofrece menos interés. Los museos, salas de conciertos y teatros, de los que merece citarse el Teatro Nacional; las Escuelas e Institutos científicos; las grandes fábricas y establecimientos comerciales, dan una idea del alto grado de cultura alcanzado por el pueblo checoslovaco y de la extraordinaria riqueza económica e industrial de la República.



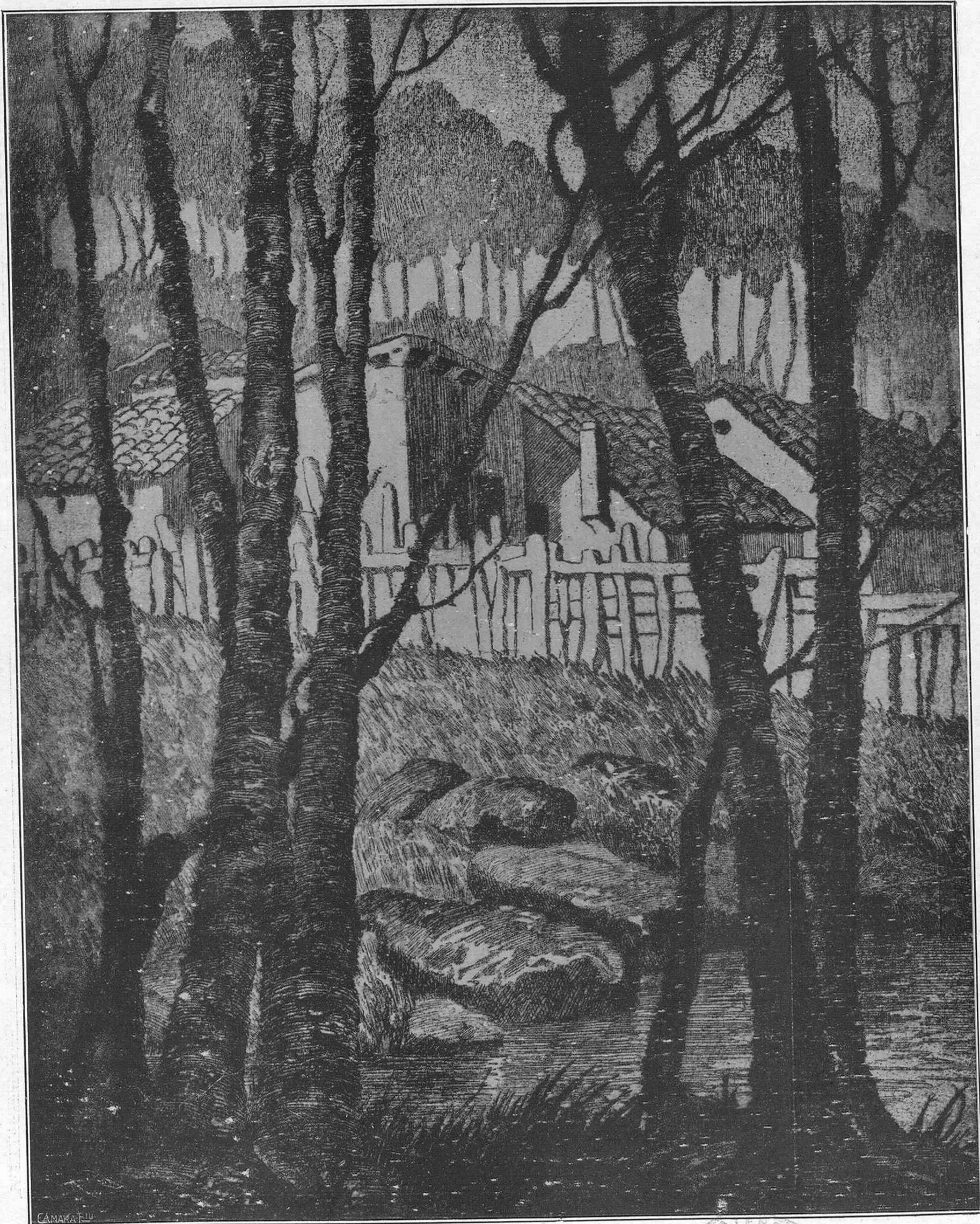
T. G. MASARYK
Presidente de la República Checoslovaca

LUROES



Iglesia de Nuestra Señora de Tyn, en Praga

PAISAJES MADRILEÑOS

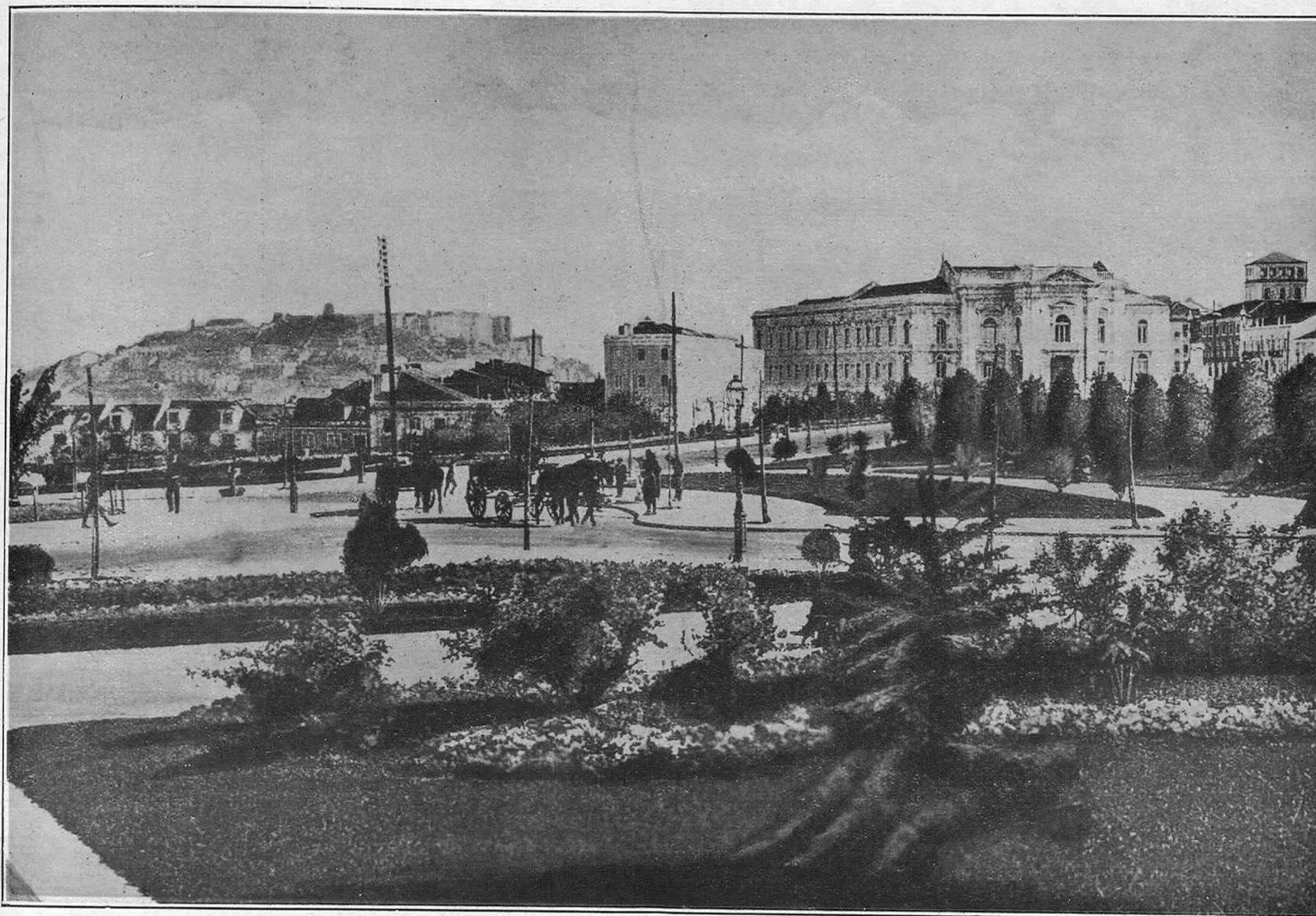


CAMARAT

ORILLAS DEL MANZANARES



AQUAFUERTE DE CASTRO GIL



Lisboa. — Campo de los Mártires y edificio de la Escuela Médica

HEMOS subido en el pintoresco ascensor *da Lavra*, entre palmeras de jardines señoriales... Hemos recorrido unas callejas pedregosas; hemos cruzado ante un convento antiguo con unos azulejos ingenuos en la fachada... Y he aquí que estamos en el famoso Campo de Santa Ana, donde antaño se celebraban las alegres *touradas* en que tomaba parte la flor de la hidalguía portuguesa...

He aquí este Campo de Santa Ana, encaramado sobre una de las colinas que rodean Lisboa, erguido y retador sobre la ciudad... Enfrente tenemos casitas modestas escalonadas, y más allá, sobre otro cerro, una aglomeración de tejados y torres, y dominándolos, el castillo de San Jorge... En una de esas casitas que se tienden al otro lado del campo, ¿vivirá aún acaso doña Patrocínio *das Neves*, la beata *caturrea* y maniática, que un día dió dinero... *um dinheirao*—á su sobrino Theodorico Raposo para ir á visitar Tierra Santa en devota peregrinación?... ¿Todavía morará ahí con ella el jocoso Theodorico, gran guitarrista y gran mujeriego, escarneckedor del *Senhor da Canha Verde* en las procesiones de Semana Santa en Coimbra, amigo nocturno de la dulce Adelia de la *travessa das Caldas*?... En las noches de invierno, ¿vendrán aún de tertulia á casa de la sin par doña Patrocínio el pomposo y enfático doctor Margaride, el hipócrita Justino el *tabelliao*, el taimado Padre Pinheiro y el sórdido Padre Casimiro?... ¿Estará el escenario y las figuras tal como las hemos visto por vez primera en *A Reliquia*, del inmortal D. José María Eça de Queiroz?...

¿Quién sabe! ¿Quién sabe!... Acaso los tipos se repitan y la decoración se haya cambiado un poco; acaso sea el escenario lo inmutable y las figuras hayan mudado un poco con el cambio de los tiempos... Pero de todas suertes, ante el famoso Campo de Santa Ana no podemos substraernos á la evocación sentimental del inmortal D. José María y de una de sus obras magnas, calificada despectivamente de *pochade* por Camillo Castello Branco...

Mas ahora el Campo de Santa Ana, el escenario de esa novela imperecedera; el Campo de Santa Ana,

de donde el simpático Raposo partió una mañana clara á visitar los Santos Lugares, de donde trajo como reliquia el perfumado recuerdo de Mary, la guantera de Alejandría; ahora el Campo de Santa Ana, teatro antaño de espléndidas fiestas de toros; ahora el Campo de Santa Ana llámase, patriótica y sonoramente, *Campo dos Martyres da Patria*...

Este título relumbrante es conmemoración del suplicio que aquí sufrieron en 17 de Octubre de 1817 los patriotas liberales que, con el general Gomes Freire d'Andrade al frente, fueron acusados de querer sublevar al Ejército para implantar el régimen liberal... El general Gomes Freire es hoy, á un siglo de distancia, una de las figuras más gloriosas de la historia política portuguesa; el héroe y mártir que pereció en la explanada de San Julián *da Barra* es hoy un benemérito de la patria...

Aquí tenemos ante nuestra vista la Academia de Medicina y de Cirugía... Edificio moderno y suntuoso, todo en clara cantería, construido en 1906 por el arquitecto Nepomuceno y modificado en su trazado arquitectónico por Lionel Gaya. Es una fachada de líneas sobrias y equilibradas, de aspecto sereno y bello, la que tenemos ante nosotros.

Delante de él tenemos la estatua de Tomás Sousa Martins, vestido en su toga facultativa; envuelto en los severos pliegues, con un gran sentido de la línea y del decoro clásico. Costa Motta, el autor de esta estatua, no era un genial, pero sí un equilibrado... Sousa Martins es una gloria del protomedicato en Lisboa, y desde mediados del siglo pasado (había nacido en 1843) hasta 1897 en que murió había sido el médico de moda en Lisboa, el filántropo conmovedor que dilapidaba en obras de beneficencia gran parte de las cuantiosas sumas que ganaba, y el profesor estimado y respetable de la Facultad de Medicina...

Fué el médico de cabecera de la *fidalgúia* ilustre y de la aristocracia del talento; asistió á Castello Branco en sus últimos años; fué el íntimo de Ramalho Ortigao y de Oliveira Martins...

¿Penetraremos en el vestíbulo de la Facultad de Medicina?... Entremos y admiremos los vitrales de

Joao Vaz, y en el artesonado, las pinturas decorativas de Ramalho, y dentro de este amplio vestíbulo, una elegante estatua emblemática de la Medicina, del propio Costa Motta.

Ascendamos por la suntuosa y espaciosa escalera y entremos en la enorme sala llamada de «los pasos perdidos»... Es un deslumbramiento de riqueza artística... He aquí los muros amplios, en los que Jorge Collaço ha estampado en azulejos escenas médicas y benéficas: así Ambrosio Paré, el famoso cirujano francés, está asistiendo á los heridos en el campo de batalla... Más allá, la *Rainha Santa*; la dulce reina Santa Isabel, asistiendo á los leprosos; la fundadora del convento de Santa Clara, de Coimbra, en 1286; la dulce santa á quien las monedas se le trocaban en rosas ante la vista del enfurecido esposo que regateaba la limosna á los mendigos... Más allá tenemos inmortalizado un tipo de médico rural, el clásico *Joao Semana*, creado por la musa suave y fácil del novelista Julio Diniz (pseudónimo del profesor de la Escuela de Medicina de Porto, llamado Gomes Coelho), que ha dejado tres obras inmortales en *As pupillas do Senhor Reitor*, *Os fidalgos da Casa Mourisca* y *A morgadinha dos Cannaviales*...

¿Os describiré luego la sala de tesis, sus frisos soberbios, las figuras gloriosas de la Medicina universal?... Básteos saber que la Escuela de Medicina está montada á la última, con una perfección de salas de experiencias, de laboratorios y de instrumental moderno y con una claridad de luz que ya quisiéramos en la vetusta y polvorienta Facultad de San Carlos... La sala de Higiene es un derroche de buen gusto y de perfección; lo son asimismo las salas de Anatomía patológica, la Biblioteca de Medicina y Terapéutica y, sobre todo, las espléndidas salas de Medicina operatoria...

Las salas amplias, de grandes ventanales; la luz clara bien distribuida, incitan al recogimiento y al trabajo. Es una Facultad de Medicina que puede servir de modelo á las mejores de Europa...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

N O C H E B U E N A



MANECÍA el veinticuatro de Diciembre con un frío intenso. El cielo, cubierto de blanca sábana, no dejaba lucir la luz del sol, que lanzaba sobre la tierra una claridad débil y tristona. Las nubes se movían pesadamente, empujadas por el viento Norte, que no tardó en paralizarse, y aquel manto blanco empezó á caer sobre la tierra en menudos jirones que poco á poco fueron engrosando. Los tejados y calles iban cubriéndose, y los árboles tomaban esa belleza incomparable de fondos oscuros y aristas blancas. Madrid despertaba perezosamente, y los obreros marchaban, envueltos en sus incompletas bufandas, con la gorra calada hasta las cejas, hacia la obra en donde habían de ganar el sustento de los suyos. Tal vez al llegar al tajo recibirían la noticia de suspensión en las faenas cotidianas, á causa del mal tiempo; pero aun con la casi seguridad de lo inútil de su jornada, hacia allá marchaban, tiritando de frío, con la esperanza de poder trabajar algo y aumentar su jornal del día anterior, para poder pasar la noche que pomposamente se llama Buena, y que para muchos es igual que el resto de las noches: larga é insomne; para otros, de dolor y penas, en recuerdo de venturas pasadas, y para los menos, de dicha completa, por verse rodeados de amor, de dinero y de salud, tres cosas que difícilmente se conjuntan en la vida.

Muy cerca de la Plaza Mayor—ó de la Constitución, como la llamaban nuestros abuelos—y bajando una escalerilla de piedra—de cuya limpieza podríamos hablar largo—está la calle de Cuchilleros, calle compuesta en su mayoría por casas pobres y malolientes, con tiendas de navajas y cuchillos desproporcionados y por tabernas que más parecen antros de brujas. En

esta calle existía una casa donde se asienta, por pisos, el lupanar, la pobreza mal encubierta y la miseria con todos sus horrores. En este último escalón de la desdicha humana habita—algo hemos de decir—una familia de mendigos, compuesta de dos viejos, pareja matrimonial, al decir de unos, ilusión de amor en muy lejanos días, según otros, que corriera horrible temporal allá en sus mocedades, y que la mar social en uno de sus movimientos diarios de flujo y reflujo los arrojó á la orilla de la miseria por no ser generosa con ellos y estrellarlos de una vez para siempre; pero aun en esta desgracia se consideraron fuertes para luchar y lucharon con el imposible, batallaron con la injusticia de los hombres. Tres nietezuelos consufren con ellos las penalidades de su pobre vida. Tres nietezuelos á quienes la Providencia dejó sin padres en una mañana del florido Mayo, para que contrastase la primavera reidora del campo con la primavera amustiada de estas tres almitas vírgenes. El mayor contaba seis años; el pequeño, tres; la mediana, entre cuatro y cinco.

Despierta el pequeño, y con su media lengua, dirigiéndose al montón de harapos que, como el de sus hermanitos, sustenta los blandos cuerpos de sus abuelos, interroga al viejo de esta suerte:

—¿E verdad, abelito, que hoy é note güena?

—Sí, hijo—responde el viejo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque Juanita diche que no.

Juanita, levantándose perezosamente, explica al abuelo su embuste; le había dicho que no era, porque toda la noche estaba mareándola con el *dale* de que él quería un tambor para tocar en la Nochebuena.

¡Tristes contrastes de la vida! La criatura estaba desfallecida de hambre. La comida del pasado día fué colación de ermita en ayuno: unos trozos de pan duro, que el pequeño apenas había podido roer; y sin embargo, no era el hambre lo que le preocupaba. Quería aquello que hacía días alegraba sus oídos y codiciaba contemplándolo en manos de otros pequeños de la vecindad menos desdichados que él.

La pobre vieja movió su cabeza torpemente; no podía hablar. Un ataque cerebral, según el médico; la dejó parálítico el cuerpo y sin habla para el resto de sus días. ¡Tristes enfermedades de los pobres, que se parecen tanto á las de los ricos y que reconocen por causas tan opuestos agentes!... En éstos, la hartura; en aquellos otros, la miseria.

El pequeño, con su deliciosa charla, siguió apretando con su lógica infantil al abuelo, que iba poniéndose su terno de harapos, para salir á la calle á implorar la caridad de los que á manos llenas en aquel día gastaban sus pesetas para disfrutarlas por la noche, rodeados de los seres queridos. ¡Qué era para ellos unos céntimos! Nada. Mientras que para el pobre viejo eran la alegría del pequeño, el pan de los restantes, la medicina de su querida compañera.

—Sí, hijo, sí—decía el abuelo—. Tendrás tambor, y tocarás en él, y cantaremos todos.

—¿La abelita también?

La abuela miró al chiquillo con tristeza y una lágrima rodó por sus apergaminadas mejillas.

—También—respondió el viejo.

Y los chiquillos, locos de alegría, saltaban alrededor del abuelo y le abrazaban y le besaban, y con él se hubieran ido á la calle, si no hubiera sido por las reconvenciones del buen hombre.

—Que venas pronto—decía el pequeño.
—Que me traigas algo—gritaba la chiquilla.
Y el mayor pedía, con los ojos muy abiertos, una caja grande de turrón.

Cuando hubo desaparecido el abuelo por el pasillo, los nenes volvieron á su cuchitril, en donde cocina, sala y alcoba se reunían conjuntamente. Sentáronse en el suelo, alrededor de la abuela, para contarla cada uno sus proyectos. A la noche comerían mucho, tocarían el tambor y... aquí el conflicto: todos querían tocar en él, y, sin embargo, el dueño era el pequeño, que se lo había pedido al abuelito y que lo defendía como si ya lo tuviera entre las manos.

—Es mío, es mío—decía.

—Pues no te dejaré yo tocar en la pandera, que también es mía—contestaba la nena.

—Ni vosotros comeréis del turrón duro que me traerán á mí—dijo el otro.

Vino el armisticio y quedó convenido que todos disfrutarían del común botín; y la paz volvió á reinar en aquel hogar, que más parecía guarida de buhos con un único agujero en el techo para poder salir.

Con voz quejumbrosa, el viejo corría calles y calles solicitando una limosna que no recibía; y otros hombres y otras mujeres pasaban por su lado con andar ligero, para mejor soportar el frío intenso que reinaba. Pero el buen hombre tenía fe; no había de ser tan desdichado que no pudiera llevar á su casa algo de lo solicitado por la necesidad de la vida y por la no menos necesidad del espíritu.

La nieve caía sin intervalos, y el viejecito fué á guarecerse en los soportales de la Plaza Mayor, para descansar un poco de aquel deambular sin tregua. Sentóse en un rincón y siguió

su canturía de «Por amor de Dios, hermanos...»

Era ya de noche y las gentes se apresuraban á hacer los últimos preparativos. Quién compraba figuras para el Nacimiento; quién fruta de sazón indudable; este otro ajustaba un pavo, para hacerle pasar al instante á mejor vida; y nuestro hombre seguía pidiendo una limosna, sin que las gentes reparasen en él.

Y llegó la hora de la cena, y ¡nada, ni una moneda! La mano seguía extendida; la mirada, fija en el infinito; el cuerpo, doblado; la boca, caída en un gesto de desaliento que apenas, y el sueño llegó, mascullando entre dientes: «Una limosna para este pobre viejo...»

A la alegría primera sucedió el silencio; á éste el temor de la noche que se acerca, sin retornar el abuelo, y más tarde, y ya en las tenebrosidades de la diosa negra, el temor de ver á la abuelita, que, con los ojos extraviados, los miraba asustada y con sus brazos esqueléticos los estrujaba contra su pecho flácido. A poco, un ronco sonido salía de la garganta de la viejecita, y la cabeza caía pesadamente en tierra para no volver á levantarse.

Por instinto de defensa contra algo que no veían, se acurrucaron en un rincón de la estancia, y así, llorando, permanecieron largo rato, hasta que el sueño y el hambre los rindió.

Las doce campanadas que separan un día de otro se dejaban escuchar á lo lejos. Gentes que habían adorado en el altar de Baco durante algunas horas, corrían de acá para allá, saltaban, reían, cantaban coplas al Redentor unas, otras... á la alegría que proporciona el zumo de la uva; gentes que salían de unas casas para entrar en otras. Todo era movimiento y algazara, cuando

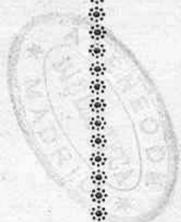
acertó á pasar el sereno por aquel rinconcito en que dejamos á nuestro viejo pobre, y al ver á aquel buen hombre con la mano extendida, llena de monedas, trató de despertarle para que se fuera á su casa. Alguna moneda habíase escurrido de la mano, y en el suelo estaba. Ni palabras ni empujones sirvieron. «Está borracho», dijo el sereno, acercándole el farol á la cara. Estaba inmóvil, los labios contraídos, indicando una pequeña sonrisa. Parecía como si pensara en la satisfacción que sus nietecitos tendrían al verle entrar cargado de baratijas y chucherías. Tal vez en sus últimos momentos sintiera caer en su mano la primera moneda, y al sonreír para agradecer la caridad, el fantasma de la cara fea le cobijó con su manto para llevarselo como presa codiciada.

Las nubes habían desaparecido; la luna brillaba espléndidamente; los villancicos se sucedían; el ruido de las latas y panderas ensordecía el espacio; y entre aquella alegría, entre aquel burdel, se destaca el cuadro vibrante de la miseria en forma de ataúd conduciendo al mendigo en un carro municipal para ser conducido al descanso eterno, donde, para su dicha, se encontraría con la compañera de su vida, la de las noches tristes, la que compartiera con él la desgracia hasta el último instante. A lo lejos se escucha una copla de bacanal, del no pensar, de alegría, que dice:

«Esta noche es Nochebuena,
noche de grande alegría;
que me voy á emborrachar;
dame la bota, María.»

JUAN GOMEZ RENOVALES

DIBUJOS DE ECHEA



SENSACIONES DE CIUDAD

DEMASIADO TEMPRANO



EL tren viene atravesando los primeros rayos de sol, y es una doble sorpresa, un goce mutuo encontrarse en lo alto de la Sierra, donde antes no se movían sino las ramillas del pinar. Pero si el sol se alegra de encontrar al tren, y éste de ver al sol, mucho más se regocija el viajero que entra en un mundo de cuento de primavera, limpio azul, aire tibio y cristalino y árboles teñidos del lado de Oriente por una pincelada de oro nuevo. Todo es risueño é infantil. Juegan los troncos á entre cruzarse, como si jugaran á las cuatro esquinas; huyen, locos, al paso del tren, á la desbandada. Los surcos van á meterse en el arroyo, y los montes flotan gravemente en un mar de pradera ó de trigal hasta que se pierden, ni más ni menos que las otras cosas pequeñas, cabeceando.

Todo tiene frescor de rocío, y los ojos del viajero se bañan en la claridad de la mañana, como si ellos y la luz y el mundo acabaran de nacer... De pronto, un alarido... El tren se detiene. Luego avanza cautelosamente. Luego, sin prepararle, sin avisarle, como un caballo falso tira á su jinete por las orejas, el tren se para en la ciudad, y el viajero se encuentra en medio de una calle con una maleta en la mano.

¿De qué barrio? ¿De qué ciudad? De un barrio, desde luego, que no está despierto todavía y de una ciudad que está todavía á medio hacer. Barrenderos y mangueros, con sus zapatos, están dándole el primer baldeo; pero, ¿qué ha pasado aquí para que el sol dé á todas las cosas, aun las más inocentes, este aspecto de crápula y esta palidez y estas ojeras lívidas? ¿No es el mismo sol, recién nacido?

¿No le hemos visto entregarse como un niño al placer de ser bueno y de embellecernos la vida? A través de las nubes de polvo, el sol se encanalla y tiene gusto en mostrar barreduras, desechos y detritus á la puerta de las casas y de las tiendas que no han acabado de abrir. El polvo es gris, ceniza, calcinación de cosas que ya han muerto y que el viento no se quiso llevar, discretamente, durante la noche. Sí. A la ciudad la perjudica, la desfavorece demasiado la proximidad de esa Sierra, el paso instantáneo de aquellos montes á estas calles. Estamos asis-

tiendo al despertar de la pecadora. El desorden es lamentable, triste. Y el sol se complace en destacar los vestigios del desastre y la ruina de todos los días.

Obreros, modistillas, criadas... ¡A trabajar! ¡Cada uno á su prisión! No hace falta oírles para que comprendamos que van todos de mala gana. El coche sube por callejas estrechas, polvorientas.

Un derribo... Una valla de tableros viejos. Un cine. Un pobre hilillo de agua por los arriates de una hilera de acacias queriendo jugar á la naturaleza. Las acacias nuevas, desmedradas, precoces, que tienen, en efecto, aroma nupcial; pero—¡fijáos bien!—nunca en estas ciudades secas parece que han llegado á la pubertad. Apenas árboles; arbustos más bien, sin otro mérito que el de ser humildes, serviciales y aguantarlo todo.

Un café; los camareros sacuden las sillas con el delantal blanco. Los madrugadores toman el café, con más polvo que azúcar. *Simones*. Ningún auto. Ningún camión de trabajo formal. El borriquito de la trapeera tirando de su carro de tablas. Una racha de viento se lleva por el aire papeles aventureros, y más polvo y humo de cacao y de café tostado, y lo que viene flotando del *boudoir* de la cocinera que acaba de peinarse, ante un espejo roto, con medio peine.

El viajero ha llegado demasiado pronto. El barrio no está despierto. La ciudad no está terminada todavía. Quizá fuera lo mejor meterse otra vez en el tren hasta que la terminen.

LUIS BELLO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

SONETO

Vulnerasti cor meum, soror mea..
 ((Me has herido el corazón, hermana mía.)
 (Cantic., cantic. IV, 9.)

De tus ojos partió la aguda flecha
 que en mi pecho, ¡oh, hermana!, se ha clavado,
 mi corazón dejando traspasado
 y destrozada mi ánima y maltrecha.

Fuiste cual cazador que al ciervo acecha
 del bosque en lo recóndito y callado,
 y en viéndole á la fuente iv descuidado
 hiévele, impío, en la vereda estrecha.

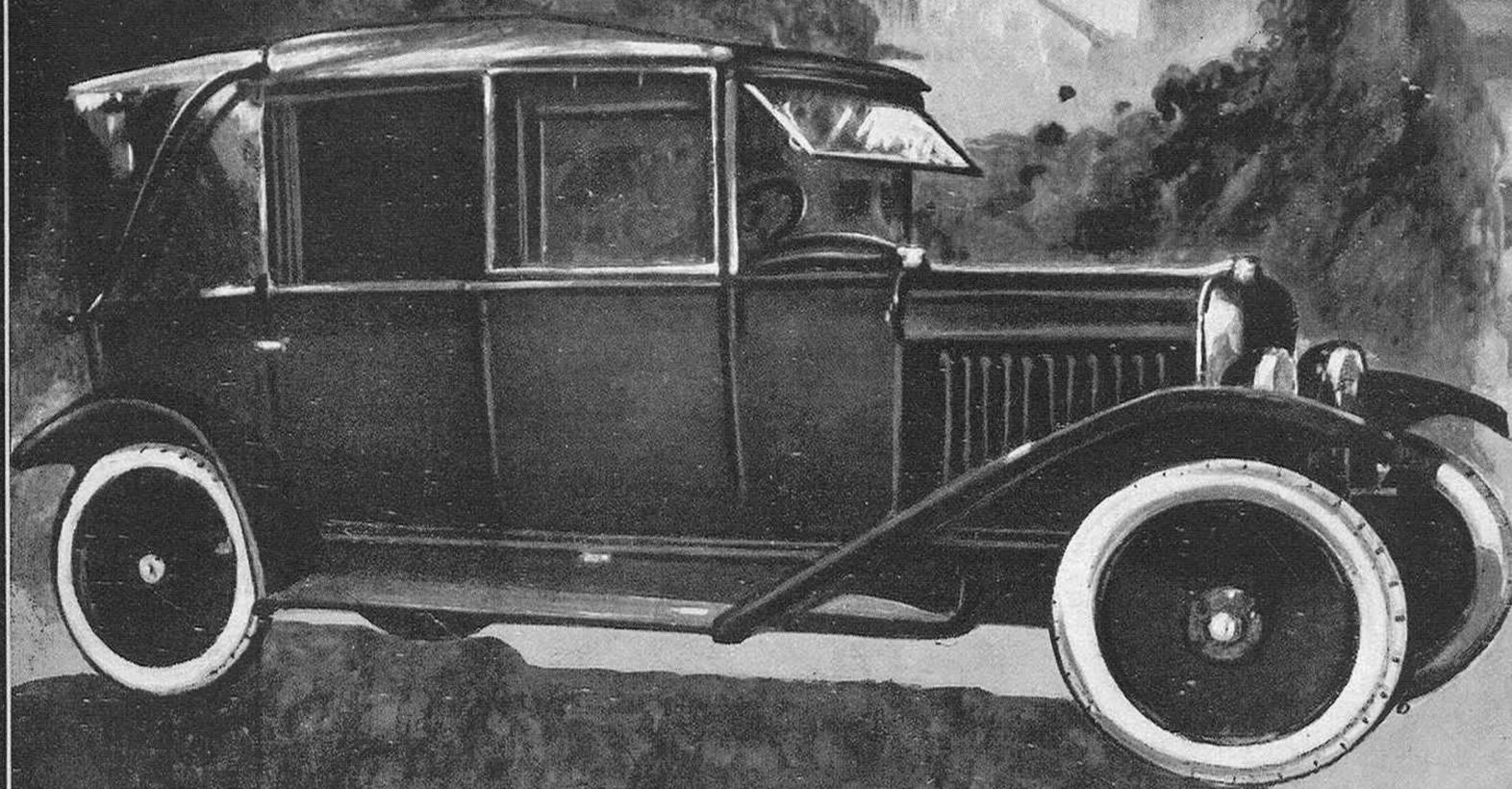
Y aunque mi herida es tal que á piedad mueve,
 y de gemir en mi ansiedad no ceso,
 tan dulce su dolor se me hace y leve,

que de mi mismo amor en el exceso
 pidiendo siempre estoy que se renueve,
 y la mano que hivióme alegre beso.

Norberto TORCAL

AUTOMOVILES CITROEN

SU ULTIMA MARAVILLA
EL TORPEDO
TRANSFORMABLE
10 HP



Stimber

CAMARA-FTO



En presencia de un peligro

¿Vacilaría usted en hacer uso del timbre de alarma?

Pues si nota Vd. que se le empieza a caer el pelo tampoco debe vacilar en tomar una resolución. Compre en seguida un frasco de Petróleo Gal y el peligro desaparecerá. Con el uso constante del Petróleo Gal podrá Vd. con-

servar siempre perfectamente limpio el cuero cabelludo. Al poco tiempo quedará contenida la caída del pelo. Observará Vd. con satisfacción el crecimiento de nuevos brotes y su cabellera se hará más abundante y sedosa.



PETRÓLEO GAL

El Petróleo Gal es una loción antiséptica de tocador. Su perfume es fresco y agradable. Proporciona vigor y flexibilidad al cabello, facilitando el peinado. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.-Frasco 2,50 en perfumerías, farmacias y droguerías.



«Moza hacendosa», cuadro original de Angela Dalmau de Grau

POR TIERRAS DE CASTILLA

LA IGLESIA DEL PUEBLO

*Tiene una higuera junto á su atrio
y una torcida pobre espadaña,
en donde plañe, con roncás voces,
una campana.*

*Tiene un pequeño y humilde coro
donde unos viejos libros se guardan,
cerca de un órgano
de amarillentas teclas cansadas,
que en los bautizos y en los entierros,
grave, solloza sus notas agrias.*

*Tiene una nave siempre en penumbras,
de ella colgando sencilla lámpara,
que, aunque es votiva, nadie se ocupa
ni de encenderla ni de cuidarla,
y en un retablo,
fria pintura de edad arcaica,
un santo Cristo de negras carnes
y rojas llagas.*

*Junto á sus muros crece la hierba,
donde, guardándose, rumian las cabras,
y los pastores, hasta los ojos,
suben el cuello de su hopalan la
cuando en Enero descende al llano
rudo el ventisco de la montaña.*

*Sólo en los días en que la higuera,
rica de mieles, sus frutos cuaja,
y los gorriones, entre las hojas,
mientras las pican baten sus alas,
y hay margaritas entre las hierbas
que en el invierno rumian las cabras,*

*la triste iglesia se torna alegre,
la luz penetra por sus ventanas
fingiéndose, roja, con sus reflejos
que arde la lámpara,
el Santo Cristo pone en sus labios
una sonrisa de amor humana,
y hasta parece que cuando suenan,
graves, del órgano las notas agrias,
quisieran, locas, cantar la vida
sus amarillentas teclas cansadas.*

LLUVIA DE VERANO

*Tarde calina;
tarde de Julio con nubarrones,
que anuncian, negros, con sus manchones,
la ventolina.*

*Sobre las piedras y los bardales,
oliendo el agua de aquellas brumas,
bate y esponja sus secas plumas
la gente alada de los corrales.*

*Gruñen los cerdos en sus poceras,
y sus hocicos altos tendiendo,
mugén las vacas, también sintiendo
las aguaceras.*

*Hacia sus casas las mujerucas
corren tapadas con los sayales,
para, en llegando, cerrar portales
y ventanucas.*

*Y sobre el pueblo color pizarra,
como la tierra triste y obscuro,
la nube negra, como á un conjuro,
su luz desgarrá.*

*Cayó una gota, y un viento frío
batió de pronto las arboledas,
y puso turbias las aguas quedas
del claro río.*

*Más y más gotas, y después, fiero,
sobre la parda tierra en rastros,
como una venda puesta á los ojos,
cayó en turbiones el aguacero.*

*¡Tierra sedienta! ¡Cómo bebiste
toda aquel agua para ti poca!
¡Para beberla, tu seca boca
cómo pusiste!*

*Toda aquel agua cayó en tu seno,
y en tus entrañas, llenas de ardores,
fué como un bálsamo de tus dolores,
que Dios es bueno.*

*Pesa la nube, y el limpio cielo
queda sin lluvias ni ventolinas,
y otra vez vuelan las golondrinas
á ras del suelo.*

*Hechos de adobe, quedan mojados
los pobres muros, y en las callejas,
cayendo en hilos de entre las tejas,
se vierte el agua de los tejados.*

*Y sobre el pueblo color pizarra,
que aún en silencio yace dormido,
se siente el ronco canto encendido
de una cigarra.*

Fernando LÓPEZ MARTÍN



LA VUELTA DEL REBAÑO

(CUENTO)

El pueblo mudo contempla la nevada que cubre el paisaje; las vacas que apacentaban meses atrás en aquellos verdes prados, y que, rollizas y juguetonas, eran la envidia de los contornos, ahora mustias y flacas reposan en los establos, sin apenas regazo para dormir, que hasta esto hubo de escatimarse para poder ir tirando de la vida de aquellos pobres animales, antes riqueza positiva de la comarca.

Los perros aúllan lastimeramente, y apenas sienten un ruido, asustados y medrosos, se esconden en el último rincón de la casona.

Las paneras se van viendo decrecer por momentos, y el problema del no comer va siendo resuelto afirmativamente en algunas casas, en las que antes todo era anchura y abundancia.

Los pequeños lloran pidiendo el pan que antes les sobrara, y la madre, tristonada y escuálida, acerca sus cachorros a sus flácidos pechos, y la criatura llora con más rabia al ver que sus esfuerzos son inauditos y que el alimento no llega a bañar sus cáscaras pálidas, un día sanguinolentas y apretadas.

Los hombres viejos y jóvenes, en revuelto pelotón, hablan quedo, y miran al cielo en demanda de perdón por sus culpas pasadas.

El río, en desbordadora corriente, lo atropella todo, y sigue su curso con tal prisa, que más parece que acude a cita de amada primavera que a morir en el anchuroso cauce de los mares.

Todo es triste donde antes fué alegría. El sol no luce con la diáfana claridad que luciera, ni la lumbre caliente con la fuerza que hogaño calentara.

En la aguda punta de la torre de la iglesia, la veleta gira á voluntad del viento, que la empuja, y el chirrido áspero que produce al rozar con su eje, que le sirve también de mástil á la cruz cristiana que remata el edificio, asemeja graznido de grajo agorero.

Montes y valles, laderas y vertientes, todo está cubierto de una capa de nieve dura y espesa, que más enfría los corazones, ya de por sí helados por la escasez del alimento.

Las mujeres, de cuando en cuando, lloran, y los hombres, al querer consolar á la compañera que Dios le diera, más la angustian, porque del pecho les salen los sollozos mal contenidos, que aguantaran hasta aquel instante, en que, queriendo hacerse fuertes, sale al exterior la debilidad del barro humano.

Nada se escucha, ni el cacarear de los gallos, ni el piar de los pajarillos, ni el runrunear de las palomas, ni el croqueo de las gallinas al llamar á sus polluelos, que todo murió en el valle y en el monte con la pertinaz nevada.

«Castigo del cielo!—decía la santa Margarita—és este, por la maldad del pueblo! Dios es bueno; pero quiere daros á conocer que sin su voluntad no se mueve la paja en el campo.» Y tornaba á quedar silenciosa, mientras que los que la escuchan hacen en su interior examen de conciencia y, al hacerlo, se declaran culpables; pero no se dan á partido por no aparecer cobardes ante el amigo.

Tres meses hacía que, después de quince días de estar nevando día y noche, propuso el cura párroco—el bueno de don Aquilino—sacar á la Santísima Virgen en procesión para pedir clemencia á Dios Nuestro Señor y hacerle con esta

rogativa voto de desagravio por los pecados cometidos y por la poca fe que había en el pueblo; tres meses que el pueblo entero, grandes y chicos, rieron con franca carcajada la proposición del señor abad. «Como si porque saliera la Virgen iban las nubes á disiparse é iba á dejar de nevar!» «Además, año de nieves, año de bienes; deje, deje, señor cura, que nieve, que pan tengo yo en el horno y trigo en la panera y vacas lucidas que me den leche y gallinas ponedoras y polluelos revoloteadores, y hasta unas onzas muy relucientes en una olla, que me harán vivir sin necesidad de más auxilios, y al año que viene, ya veremos.»

«Fiestecitas á la Virgen—decían los más pobres y los más adelantados en ideas, según ellos—, cuando en casa no tenemos abundancia; guardemos esos cuartejos para comprar pan y jamón del curado, y que llegue el milagro—si es que existen milagros—sin gastar dinero alguno, que para algo es milagro y para algo llega de quien todo lo puede.» Y se guiñaban los

vivir y esperaba su gloria, como dijo la divina poetisa.

La curiosidad de una mujeruca y el corazón cristiano de Margarita dieron con la clave de aquel tocar á muerto, y pronto volvieron adonde estaban reunidos los más de los hombres del lugar y sus mujeres respectivas, para darles la noticia de la muerte del señor deán.

Se lo encontró el sacristán recostado sobre la mesa de la sacristía como si dormitase la vigilia de la noche anterior, con su libro de rezos delante. Llamóle primero quedamente; después se acercó y le tocó en un hombro; por fin le acercó la vela á la cara al ver que no respondía y más le pareció que dormitaba. Su semblante tranquilo, mejor dijéramos risueño, no demostraba sufrimiento alguno; con la mano derecha sobre el libro y con el índice señalando el renglón que leía, como era su costumbre, así le sorprendió la amiga enemiga.

El sacristán, no obstante, convenciéndose de que el sacerdote estaba muerto y... no tuvo valor para salir de la iglesia á comunicar la noticia á sus vecinos, é instintivamente cogióse á la cuerda de la campana y comenzó á doblar, al mismo tiempo que el rostro se le bañaba de lágrimas y una oración subía á sus labios.

Así lo encontraron Margarita y la mujeruca que llevaron la noticia al pueblo...

Los unos, por curiosidad; los otros, convencidos de que era preciso fiar á lo divino lo que ellos no consiguieron con sus fanfarronas bravatas, entraron en la iglesia y vieron al señor abad con la mano extendida sobre el libro y con el índice señalando un renglón que decía: «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se

hacen.» Las mujeres rezaban á la Virgen, de rodillas; los hombres, con la gorra en la mano, salían de la sacristía y también rezaban ante la bendita imagen tanto tiempo olvidada por sus feligreses.

La iglesia lució todas sus luminarias como en día de fiesta, y cuéntase que desde aquél, la fe arraigó en los corazones al ver que al siguiente amaneció un día de sol, y que al conducir los restos de aquel santo varón al cementerio del pueblo, á cuyo sepelio acudieron todos los vecinos, y hasta cuentan que los tullidos, una paloma blanca como la nieve se posó en la caja del digno representante de Dios en la tierra y abrió sus alas, como si quisiera cobijarle, y hasta el cementerio lo acompañó sin sufrir susto alguno.

«Era un santo!», oíase por doquiera, y la campana de la iglesia doblaba, y la de la mansión eterna sonaba á gloria para dar entrada en ella á un mártir más, que murió pensando en la redención de su humanidad querida.

Desde entonces volvió la iglesia á recibir sus votos, volvió á escucharse la oración ante la Virgen y volvió la felicidad adonde no existía, sin duda alguna, huida para demostrar que en el mundo no todo está en la vida de la tierra, sino que de cuando en cuando hay que mirar al cielo, para mejor darse cuenta de la necesidad del alimento espiritual, que es la fe, sin la cual no es posible caminar con alientos en este bajo mundo.

JUAN GOMEZ RENOVALES

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



ojos en son de burla por las palabras del pobre don Aquilino.

Y... desde aquel día, como si una maldición del cielo fuere lanzada sobre la aldea, la nieve no dejó uno solo de caer con furia tarde, mañana ó noche, agostando las patatas tempranas, arrasando é inutilizando los campos sembrados con abundancia, haciendo perecer de frío á ganados y animales caseros en proporción aterradora. Y el hambre horrible llegó á enseñorearse del vallecito alegre un tiempo.

La campana de la iglesia, ¡pobre campana!, rota de golpearla con el badajo para llamar á los fieles que no acudían, sonaba en aquel silencio como grito de desahuciado en sus últimos instantes, y los pueblerinos seguían sin acudir, fieles, sin duda, á su terquedad ignorante; pero nunca fieles á la religión verdadera que Cristo predicara para que los hombres se redimieran y por redimirlos.

En aquel día que anochece, la campana dejó escuchar el monótono sonido largo y lúgubre del toque de muerto.

Todos se miraron asombrados; todos estaban allí; nadie faltaba. ¿Por qué tocaba á muerto la campana? El único que no estaba era el sacristán, que poco hacía se fué hacia la iglesia para tocar á Animas. Y nadie acertaba á explicarse el significado de aquel toque lúgubre y estridente.

Nadie pensó en el cura párroco; nadie puso su corazón en el pobre pastor, que, aniquilado y destrozada su alma al ver á su rebaño disperso y mal aconsejado, hacía días que vivía sin



Navidades, Año Nuevo, Reyes.

Si tiene usted que hacer un regalo, hágalo de forma que el obsequiado se lo agradezca y obtenga con él un beneficio. Si regala un Kodak hará usted un nuevo aficionado al bello arte fotográfico, y cada instantánea, cada fotografía que haga, perpetuando así sus horas felices, servirá para recordarle y agradecerle la admirable iniciativa.

No titubee usted; el regalo ideal en esta época es

un Kodak

He aquí tres modelos:

Kodak Vest Pocket Autográfico con objetivo corriente.	Ptas. 59,—
Kodak Junior núm. 1 Autográfico con objetivo corriente	120,—
Kodak Junior núm. 1A Autográfico con objetivo rápido rectilíneo	145,—

Solicite Catálogo y detalles a
KODAK, S. A.

MADRID: Puerta del Sol, 4 y Gran Vía, 23.
BARCELONA: Fernando, 3 y Paseo de Gracia, 22.
SEVILLA: Campana, 10.



RESPLANDOR DE INCENDIO

«Pepe Luis, durante algunos sueños, imaginaba el mismo espectáculo del incendio, y se veía subiendo por las escaleras bamboleantes, apartando con los brazos las humaredas, chamuscándole las llamas el pelo y las ropas para salvar a una viejecita paralítica ó la caja de hierro donde su padre guardaba las letras y los billetes, ó simplemente para saborear el placer de asomarse en el hueco de una ventana, recortada su silueta sobre un fondo rojo, como había visto en las películas, y desde allí lanzarse al espacio para caer entre las manos y los gritos levantados hacia él por la muchedumbre...

Pero acabó por olvidar este sueño heroico. Incluso no le recordó cuando en la tarde opulenta de Octubre oyeron los muchachos el volteo de las campanas y vieron cómo el cielo, incendiado por la agonía del sol a su izquierda, se coloreaba también de grandes resplandores rojizos a la derecha. Y en el aire tranquilo, refrescado por la noche inminente, por la dulzura rumorosa de las aguas fluviales, nubes densas y negras se elevaban...

Se mezclaron al gentío, ondulante, clamoroso de la calle frente a la casa. Figuras negras iban y venían aturridas entre las turbonadas de humo denso. Flameaban enormes lengüeteos rojos y amarillos en el tejado. Y el cielo aparecía de una azul indiferencia divina sobre el dolor humano.

Había crepitaciones de la madera seca, chirridos del agua lanzada sobre los muros, rumores de derrumbamientos invisibles. Y de las casas contiguas, los balcones y las ventanas vomitaban los muebles y mostraban las gentes en ademanes de imploración.»

Esta página, donde resalta el estilo vibrante, policromo y armonioso del admirable autor de **La mujer de nadie**, pertenece a la nueva novela de

JOSÉ FRANCÉS

que con el sugestivo título de

Detrás de la Cruz

publica hoy sábado 23 de Diciembre

La Novela Semanal

con ilustraciones del insigne dibujante
MANUEL BUJADOS

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL



Me contento con leer,
ya que no la puedo usar:
<PECA-CURA es lo mejor.>
¡Nadie lo puede negar!

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50.
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ,
ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ACCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 12 pesetas frasco con
estuche.

Certés Hermanos, SARRIÀ (BARCELONA).



MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE A

D. José Briales Ron
San Antonio. — Camino de Churriana
MÁLAGA

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Caimen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



LAS OBRAS MAESTRAS

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA. —
Tomo XLVII. — Barcelona: Hnos de J. Espasa, editores, calle de las Cortes, 579
y 581.

Nuevamente hemos de hablar de la *Enciclopedia Espasa*, lo que equivale á vernos en el caso de apurar las palabras de encomio de las que tanto se abusa prodigándolas á obras de escaso ó nulo valor, con positivo perjuicio de obras maestras como la que nos ocupa y en perjuicio también del público, que se encuentra desorientado sin acertar á distinguir cuándo las alabanzas son sinceras y cuándo obedecen al favor ó al reclamo más ó menos encubierto.

Afortunadamente, la *Enciclopedia Espasa* tiene tan bien cimentado su prestigio y es tan conocida y en consecuencia apreciada del público ilustrado, que esta circunstancia nos releva de estampar aquí el sinnúmero de elogios á que es acreedora por el inapreciable valor de su contenido científico y artístico y por su presentación inmejorable.

El tomo XLVII, recientemente llegado á nuestro poder, sobre ser por todos conceptos digno hermano de los anteriores, resulta de muy singular interés por la especial importancia de muchas de las voces que contiene. Con ser notables por su precisión todos los artículos de este volumen, hay muchos como *Prehistoria, Prenda, Prensa, Prerrafaelismo, Presidente, Preso, Presupuesto, Prim, Prisión, Proceso, Profeta* y otros que constituyen una labor completa hasta el extremo de que difícilmente podrían ser superados. Los artículos de orden científico constituyen verdaderas monografías que no sólo orientan é ilustran, sino que pueden considerarse como estudios acabadísimos en los que nada podrá echar de menos el más erudito lector que los consulte.

Acompañan al texto una profusión de grabados, mapas, láminas en negro y en colores, de extremada pulcritud.

Nos felicitamos de la rapidez cada día creciente con que vienen apareciendo los tomos de esta obra, que nos redime de tenernos que servir como hasta aquí de enciclopedias extranjeras, y felicitamos una vez más á la Casa editora por su meritisima labor.



Sellos de correo auténticos de Misiones extranjeras, garantizados, sin ser escogidos, se venden por kilos. Tarifa gratis. Bécanne, 14, rue Redoutes, Toulouse (Francia).



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:-: Hermosilla, 57

UNA PASTILLA VALDA EN LA BOCA ES LA PRESERVACION
del Mal de Garganta, de las Ronqueras; los Romadizos, los Constipados, las Bronquitis, etc.

ES EL ALIVIO INSTANTANEO
de la Opresion de pecho, de los accesos de Asma, etc., etc.

ES EL REMEDIO MAS INDICADO
para combatir toda suerte de Enfermedades del Pecho.

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA :
PEDID, EXIGID, in todas las Farmacias

Las Verdaderas Pastillas VALDA
que se venden unicamente

EN CAJAS
con el nombre VALDA en la tapa y nunca de otra manera.

Fórmula :
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azucar-Goma.

No IRRITAN, no producen NAUSEAS ni COLICOS



ELIXIR ESTOMACAL

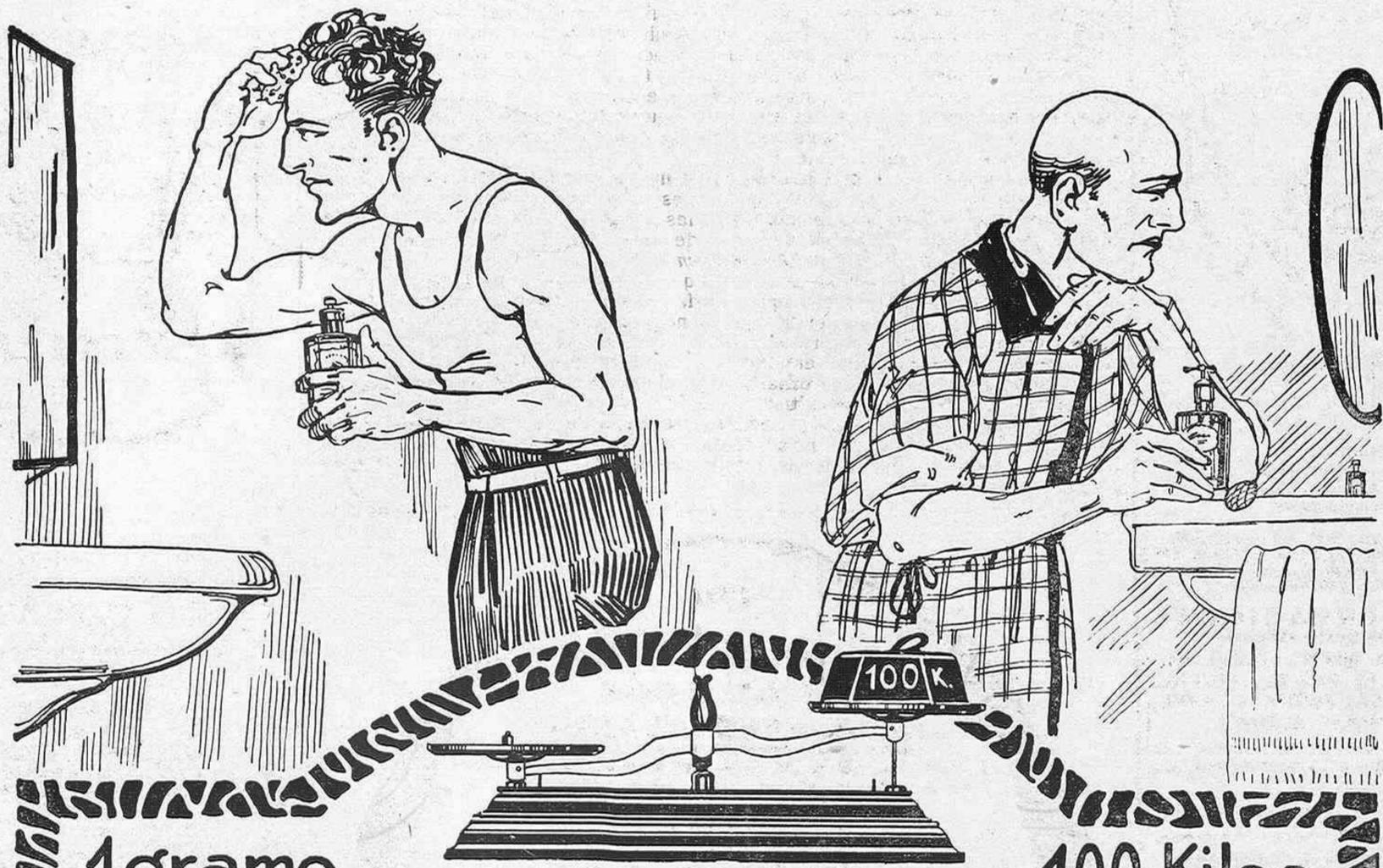
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida



1 gramo
de constancia
pesa más que.....

...**100 Kilos**
de
negligencia

Aplíquese esa máxima y póngase en tratamiento con el

Regenerador "PAZ" del Cabello

si quiere usted curarse definitivamente su calvicie prematura.

Ese es el único remedio eficaz que debe usted poner en práctica inmediatamente y sin vacilación, con la seguridad de que logrará usted la curación completa, tanto más pronto cuanto mejor observe el tratamiento, que puede usted consultar gratis á su autor, Diego Paz, calle Don Alfonso I, núm. 36, Zaragoza.

Este producto es un maravilloso descubrimiento científico, laureado con Gran Premio de Honor y Medalla de Oro.

Frasco: 15 pesetas en España
20 pesetas en el Extranjero

Pídase en las mejores droguerías y perfumerías.

Si en la localidad donde usted reside no hay frascos á la venta, mande usted el importe por giro postal á casa del autor, quien le remitirá el pedido franco de porte.

Novedades

NÚM. 46



Oro de ley y platino,
con brillantes ~ 2.000 pta.

NÚM. 49



Todo platino, con
brillante ~ 1.100 pta.

NUM. 51



Oro de ley y platino,
con rosas ~ 775 pta.



Certificado
de garantía
con cada
reloj

Remesas a
provincias

Catálogos
gratis

CARLOS COPPEL
Fábrica de relojes
FUENCARRAL.27
MADRID

